

LA ESCUELA HISTÓRICA AVELLANENSE

(Conclusión)

II. JAIME CARESMAR

Algunas noticias. En Bellpuig. — El Padre Jaime Caresmar Alemany¹ nació en Igualada el 10 de octubre de 1717 y era hijo de Ramón y Rosa, menestrales acomodados — llevaban una zapatería fina — que vivían en su casa propia, sita en la calle de la Pelota, hoy el Borne.

Poco sabemos de su infancia, sino que estudió en su ciudad natal las primeras letras y que luego pasó a Barcelona, donde cursó Filosofía y Teología con los Padres Jesuitas, graduándose más tarde de Doctor en la Facultad correspondiente. Y nada más sabemos de cierto; ni los preliminares del hecho destacado que marcó el rumbo de su vida. Cuando contaba veinticinco años vistió el hábito blanco premonstratense en el convento de Santa María de Bellpuig de las Avellanas. Era el 1.º de noviembre, fiesta de Todos los Santos, del año del Señor de 1742. Lo recibía de manos del Sr. abad P. Pedro Juan Bover, ya en su segundo mandato abacial. Los antecedentes de este hecho nos son desconocidos, y ni podemos sospechar las causas que le movieron a fijar su suerte a este cenobio si no fue precisamente el hallarse tan solo y separado del comercio del mundo, y que precisamente hacía pocos años había sufrido una de las crisis más difíciles que hubo de soportar en su varias veces centenaria existencia. Nada favorable se presentaba, pues, la ocasión para atraer vocaciones escogidas como ésta con que nos enfrentamos.

¹ Algún autor coloca una «y» entre los dos apellidos del P. Caresmar. No vemos la causa. Y abona nuestra contraria opinión el hecho de que no hayamos visto ese caso ni cuando él firma ni cuando sus contemporáneos hablan de él, así como sus inmediatos.

Con todo, no debemos olvidar que por este tiempo — años de 1740 y vecinos — brillaba generosamente la ciencia, virtud y afectividad del P. Daniel Finestres; y bien pudo darse el caso que la fama lo llevara a conocerle, admirarle luego, para seguirle después. Pudo verlo en Barcelona o en Cervera, o quizás en el mismo Bellpuig, adonde le trajera el deseo. Las memorias del monasterio son harto parcas en detalles, y más si tienen algún matiz afectivo.

A la toma de hábito le precederían algunos meses — cinco probablemente, como era costumbre —, de postulantedo, durante los cuales, vistiendo las ropas que trajo se ejercitaba el postulante en la vida que había de llevar más tarde. A la fecha de la toma de hábito seguía un año entero y completo de noviciado, durante el que debe aumentar la experiencia de la vida que le aguarda. El presunto Padre Caresmar vio allí su vocación y el 10 de noviembre de 1743 emitió los votos de religión y se ligaba al monasterio de por vida².

Al iniciarse el año siguiente — 6 de enero de 1744 — moría en Cervera el admirado P. Daniel Finestres³. Dos días después llegaban a Bellpuig sus restos mortales. Seguramente que el joven Caresmar debió sentir intensamente la desaparición del maestro y del sabio. Históricamente no puede asegurarse la relación de

² Conforme a las reglas establecidas para los religiosos, Caresmar hizo su testamento antes de la profesión religiosa. No hemos hallado sino el primer folio. Afirma hallarse próximo a la profesión y nombra marmesores «al Sr. P. Fr. don Pedro Juan Bover, actual abad, y a sus sucesores» y al P. Antonio Trueta. Manda luego que se paguen sus deudas— fórmula común —, elige sepultura donde los demás padres del monasterio y como se acostumbra, y con los sufragios ordinarios. Quiere además que durante su vida usufructúen la herencia sus padres y luego su hermana Rosa. Y de todos los demás bienes su heredero universal es Dios N. S. J. C. y su alma por medio de las obras pías, dedicando a sufragios todo y fundando un aniversario general que deberá celebrarse en el día de su muerte, por el padre abad y demás religiosos, dotándolo con cinco libras barcelonesas de caridad anuales, repartiéndolas así: 6 sueldos al que cante la misa y 8 sueldos a cada religioso que asista al coro. De los demás bienes quiere se le funden misas rezadas en el monasterio los días que les parezca a los marmesores, con la caridad que les parezca, pero que el día de San Juan de Orgañá quiere se le celebre oficio solemne por el eterno descanso de su alma... Copia que se guarda en el monasterio.

³ El P. Daniel Finestres murió, en efecto, en Cervera (Lérida) al lado de su hermano carnal, Dr. José Finestres, catedrático de Prima en aquella Universidad. Había ido unos meses antes, como casi siempre que se sentía mal. Los dos hermanos se amaban entrañablemente. Falleció de tuberculosis pulmonar y nunca gozó de salud robusta.

maestro y discípulo que se supuso entre Finestres y Caresmar. Es posible que en sus meses de postulantado convivieran. Pero es que no se necesitaba de más tiempo para que el espíritu preclaro con que Dios dotó a Caresmar, ya en plena formación o casi acabada, recogiera del sabio Finestres la inquietud en que él se debatía. Dos espíritus gigantes no necesitan de mucho tiempo para compenetrarse y tomar uno la mecha que la mano exangüe del primero deja de sostener, porque ya Dios le llama. Finestres, con seguridad, dejó sembradas en el espíritu de Caresmar unas cuantas ideas que éste, en efecto — compárense las direcciones de sus obras respectivas —, después prosiguió y amplió. Los dos gozaron de espíritu crítico-científico en su siglo y a los dos debe considerárseles dentro de la pléyade de hombres preclaros que en el siglo XVIII llevaron los estudios históricos por los cauces que son el inicio de la historia compulsada moderna.

Con Caresmar ha recibido Bellpuig un verdadero don del cielo; posiblemente el premio merecido por la paciencia y la benignidad del P. Finestres, y también por su acendrado trabajo. Va a señalar este gran religioso la época áurea moderna del monasterio avellanense en todos los sentidos: observancia regular, ciencia, prestigio, unión interna, respeto y generosidad de los de dentro y los de fuera. El monasterio empobrecido por la Guerra de Sucesión y luego las obras urgentes y necesarias indispensables tras los años de soledad y ausencia de religiosos que pasaron, aparecerá a la muerte de Caresmar agrandado material y espiritualmente, robustecido y respetado.

Muy pronto se le encargan las lecciones de Filosofía que se profesa en Bellpuig, y luego las de Teología, sólo encomendadas a los mejores y de gran prudencia. Pero a Caresmar le atrae además otra disciplina: el montón de pergaminos que yacen en el secular archivo del monasterio, poco más que inicialmente explorado por el P. D. F. Allí donde el polvo hacía poco menos que imposible la entrada a aquellos pulmones tan débiles, es donde halla Caresmar — buena salud, carácter analítico, paciencia soberana con lo inerte, espíritu constante y luchador — un centro de atracción irresistible. El archivo secular y la secular Biblioteca dejarán pronto de guardar secretos para Caresmar. Y después de

Bellpuig proseguirá su búsqueda incansable por casi todos los archivos de Cataluña. Parece como que el espíritu del P. Daniel Finestres le alentaba y le llevaba a proseguir incansable en los sueños que a él le fueron puros sueños.

El P. Finestres descubrió en Tortosa los insospechados comienzos de la historia de Bellpuig en tiempos del más grande conde barcelonés, Ramón Berenguer IV el Santo, y a Caresmar se le va el deseo de desentrañar esa historia fabulosa de su casa, oculta en aquellos pergaminos no registrados desde muchas generaciones, tan vecinos en el espacio y tan alejados en el tiempo. Además, es la historia de sus mayores, de su casa libremente escogida por tal, su herencia y la de sus hermanos, los testimonios indispensables de su haber, su patrimonio monástico; todo nos hace ver a aquel espíritu inquieto imponerse una carga difícil e ingrata, si bien muy amada. El proseguir en el trabajo comenzado por el P. Finestres, conseguirá que aquel montón de pergaminos ordenados hablen su charla ya gloriosa ya corriente, pero con carga afectiva y aún efectiva.

Caresmar trabaja afanosamente. Toda su vida será ya un esforzado campeón del sacar al tiempo cuanto pueda dar de sí. El «fuego» de que habla él mismo que le pone en tensión de nervios ante los pergaminos, le quemará de continuo. Su propio temperamento entre sanguíneo y nervioso, su esfuerzo intelectual continuado serán quizá causa primera de algún traspies en la vida social, bien que tampoco fuera destacable si enemigos emperrados en dificultarle o hacerle caer en desgracia del pueblo inculto no atizaran pasiones que debían dormir plenamente hasta morirse sin aflorar al exterior. Nos referimos específicamente al caso de los «Martirios o pasiones de Santa Eulalia» que Caresmar combatió como noticia antihistórica y que algunos interpretaron como que quería rebajar a la santa Patrona de Barcelona. Caresmar buscó ciencia pura, con sencillez de alma y amor a la verdad, serena y concienzudamente, y topó con quienes no estaban interesados en tanta franqueza e ingenuidad.

Pero dejemos esto, que a lo más sólo nos interesa señalar breve constancia de ello por mejor anticipar algo importante en la vida de los grandes hombres: la incomprensión, el sufrimiento.

Hemos señalado su ardor por el trabajo, su esfuerzo, su temperamento fogoso, reñido con el pasito a paso de los más; con esto nos basta por ahora y de momento. Sin duda, que en toda su vida sintió atracción por el abismo de lo absoluto, por el trabajo exigido a entregas continuas y totales. En Finestres aprendió su estilo de hombre, trabajador constante, investigador y buceador concienzudo de novedades científicas.

Parece lo más normal — mientras otra cosa no se demuestre, así lo creemos — que sus primeros afanes tuvieron por objeto organizar, registrar y transcribir los verdaderos monumentos que guardaba celosamente el archivo de Bellpuig. El mismo Caresmar señala su plan en carta que escribió años más tarde con fecha de 12 de enero de 1774 a su buen amigo D. Jaime Campíns. Del contexto se colige su prisa por comenzar cuanto antes la tarea que le arrastraba. Dice así: «Cuando yo vine (a Bellpuig), que fue en 1742, ya graduado de Teología, sin embargo de lo ocupado que estaba en enseñar filosofía y después Teología, viendo que de nada servían los pergaminos del archivo, porque nadie sabía leerlos, emprendí en versarme en ellos y transcribirlos . . . »⁴. Luego dice el tiempo que empleó en estos menesteres que fue «hasta siete años», buen dato para suponer la riqueza del archivo bellipodien-se. Quizá con este trabajo llevara alguno más, aunque coloca a éste por el que inicialmente le preocupaba. Luego asegura que en 1764 lo había dado «por terminado y clasificado todo»⁵.

El 23 de marzo de 1750 ingresaba Caresmar en la Academia de Buenas Letras de Barcelona, lo que nos certifica ser ya muy conocido en los medios ilustrados de la gran urbe, y, además, que se apreciaba como singular su talento, que con tan escaso ambiente llega señaladamente joven a la docta corporación. Su obra de búsqueda erudita en los archivos, y su interpretación recta,

⁴ *Memorias del Monasterio*, t. IV, p. 171.

⁵ Torres Amat, *Diccionario de escritores catalanes*: «Caresmar», asegura — y no sospechamos en qué se apoya para ello — que arregló la biblioteca de su monasterio que se hallaba casi perdida. Nos parece una exageración, sin por eso pretender amenguar la ingente labor caresmariana, cuando el P. Daniel Finestres comenzó la *Historia del Monasterio*, y hasta en Madrid se había de sus trabajos a este respecto; con seguridad que inició su trabajo poniendo algún orden en los materiales. La salud restaría éxito a sus proyectos, pero supone al menos un mínimo de orden en biblioteca y archivo además del que normalmente podía tener.

ajustada y sobria quedaba reconocida plenamente. Con todo, él mismo se quejará con amargura fundada de no hallar quien se atreva a la publicación de sus manuscritos, «cosa demasiado frecuente con todos en España», argüirá. Así se expresa al agradecer al abad de San Cugat que se le ofrezca para un caso determinado; con todo, aunque no muchos, más de un benefactor se le prestará en el correr de los años. Y, sin embargo, las obras más destacadas y de más envergadura durmieron el sueño eterno de su armario o a lo más con muy pocas copias para uso de investigadores. Realmente, otro destino se merecían los trabajos y las mismas materias que abordó este gran pensador.

A continuación damos algunas fechas que ayuden a situar en el tiempo la obra caresmariana, la figura cumbre de la historia moderna de Bellpuig. Bastantes no se han dado a conocer; pocas figuran más o menos desparramadas por cuanto se ha publicado sobre este gran hombre. Es lástima que no versen sobre toda la vida, sino sobre una parte de ella, si bien notable.

Ya hemos dicho que el P. Caresmar fue un enorme trabajador. Podíamos resumir su vida en este aspecto asegurando que ordena, recopila o copia y transcribe miles de documentos de inestimable valor para la ciencia, ya en el archivo de Bellpuig, su monasterio, ya en los de la Colegiata de Ager (Lérida), donde pasa un año por lo menos; en el monasterio de Gerri de la Sal (Lérida); San Cugat del Vallés (Barcelona), Bañolas, San Juan de las Abadesas y otros monasterios menos destacados, y principalmente el catedralicio y el episcopal de Barcelona. En éstos trabaja durante dieciséis años.

A estos trabajos dábase con afán de principiante continuo, con verdadera pasión de entregado, como a su segunda vocación. A todo esfuerzo se sometía por dejarlo todo ordenado, catalogado, extractado aun copiado o «trasumptado», como dirá él. Se ha dicho de él—nuevo Quijote, si bien siempre en sus casillas—, que pasaba días y noches enteros leyendo y extractando y revolviendo archivos ⁶.

⁶ TORRES AMAT, *Diccionario de escritores catalanes* (Barcelona, 1836): «Caresmar».

En medio de este agobio transcurrió la mayor parte de su vida; sin embargo, a él le pareció poco todo. El tiempo se le escapaba por entre las puntas de su pluma al modo que entre los dedos se nos desliza el agua clara y deleitosa, sino que a él le iba dejando cuartillas y más cuartillas llenas de una letra menuda, difícil, casi prensada. Sus goces los halló desempolvando unos mamotretos y haciendo hablar a montones de documentos fenecidos. Con todo, ni por pienso supongamos olvidará los premios deberes de su ser religioso o social. Siempre vivió su regla exigente, y cuando las necesidades o conveniencias del monasterio le pidieron su esfuerzo, no lo escatimó; fue buen hijo de la casa y la atendió con solicitud. Algunas fechas que siguen nos van a declarar sencilla y elocuentemente todo esto. Veamos algunas de ellas.

1748. Consta que predicó en Tarragona el sermón de santa Tecla.

1749. Predica en Igualada un sermón sobre san Pedro apóstol ⁷.

1750. Predica en Barcelona el sermón de la Inmaculada. Así lo escribía el mismo Caresmar a su amigo D. Jaime Campíns en carta fechada el 8 de marzo de 1764, añadiendo que este sermón y el de santa Tecla andan impresos ⁸.

1751. En este mismo año ingresa en la Academia de Buenas Letras de Barcelona y precisamente el 5 de noviembre empieza felizmente — «incipit feliciter», son sus palabras —, su obra *Anales del Real Monasterio de Bellpuig de las Avellanas de la Orden de Canónigos Regulares Premonstratenses, en el Principado de Cataluña*. Procura buscar cuantos datos sospecha y el 9 de abril del siguiente año registra por sí el espulcro de Ermengol VII, conde de Urgel y fundador del monasterio. Anota cuanto halla, y saca para el archivo una espuela del conde. De nuevo volvió a reconocerlo el 1.º de octubre para cerciorarse plenamente del modo cómo aparecen los restos mortales de Ermengol. Su descripción servirá para que los sepulcros de Bellpuig — sin inscrip-

⁷ ELÍAS DE MOLINS, *Los estudios históricos y arqueológicos en Cataluña en el siglo XVIII*. Discurso de recepción en la A. B. S. Barña, 8 febr. 1903.

⁸ *Memorias del Monasterio*, t. IV, p. 184.

ción alguna — puedan ser adjudicados con certeza a los condes que en ellos yacen⁹.

1752. El propio Caresmar dice que en el día 15 de enero descubrió el sepulcro de D.^a Dulce, condesa de Urgel, esposa de Ermengol VII y cofundadora y gran bienhechora del monasterio, y recalca que tomó parte activa y material en el trabajo; señala que «había un agujero en la parte superior de la urna, que sacaron los huesos, se puso una almohada limpia, se adecentó la sepultura... y que los huesos correspondían a una señora alta y corpulenta». Y estos detalles por él proporcionados son clara muestra de lo realista y científicamente que trabajará por ser la obra caresmariana. Se halla en el mejor paralelo de la tarea más apreciable de su siglo hecho a base de datos históricos¹⁰.

1754. El 25 de septiembre tomaba posesión de su cargo de abad de Bellpuig. Llegaba a esa dignidad con sólo once años de profesión religiosa, hecho no corriente y menos en este período de Bellpuig en que los hombres de verdadera talla espiritual y científica existen. Con todo, Caresmar destaca desorbitadamente ya en el monasterio, ya fuera de su recinto. Tres meses antes había sido propuesto al Rey en terna para su elección¹¹.

El 12 de diciembre de este año propuso al Capítulo — y éste lo aceptó — que los ausentes del monasterio, pero con la debida licencia sean en lo futuro considerados como presentes en lo relativo a las fundaciones existentes y al reparto de las misas adventicias. En esta propuesta nótase una preocupación por sus futuros trabajos fuera del monasterio pero emprendidos totalmente dentro del espíritu y en obediencia de éste. Posiblemente se halla en trance o en acción de arreglar el archivo de Ager, así como de escogitar medios de hallar algunos con bríos con que poder trabajar sin el agobio acogotante de la necesidad. Caresmar no disponía de medios suficientes que le permitieran darse totalmente a un trabajo desahogado. ¿Habría dado fin a la parte realizada de los Anales? Totalmente no, puesto que dice haber trabajado en

⁹ *Anales del Real Monasterio*, p. 192.

¹⁰ *Anales del Real Monasterio*, pp. 232 y ss.

¹¹ *Memorias*, t. IV, p. 183.

el archivo bellipodiense hasta siete años; pero debía tener hecho lo esencial¹².

1755. El 6 de noviembre consta que concedió el hábito premonstratense a José Martí, de Barcelona, quien contaba a la sazón veintitrés años. Será discípulo excelente y grande honra de Caresmar y del monasterio. Aunque no aparezca tanto como se lo merece, el P. Martí es obra real del P. Caresmar. Nos extraña que el monasterio no le destaque hasta donde fuera justo¹³.

1757. El 25 de septiembre finó su trienio abacial, y tomó posesión el nuevo abad Rmo. Amell. Había gastado en obras de construcción 318 libras. No es gran cantidad, pues el monasterio se hallaba pobre. Puso orden en varios asuntos e inició un período de auténtica recuperación censual. Hasta fuera del monasterio llevará a cabo un trabajo auténtico y de prestigio, causa de un bienestar que reportará notables mejoras posteriores. Aunque él ya no presida personalmente, bajo su fama o sus cuidados desde Barcelona logrará ser el animador de los mejores días que han de venir para Bellpuig. Ha sembrado y la cosecha vendrá más o menos remotamente sin ser tardía.

1760. Ya el 28 de septiembre escribía él desde Barcelona. No sabemos positivamente qué asuntos le detienen en la ciudad, bien que podemos conjeturar que serían mixtos. Nunca se halló con solo un afán entre manos. Trabajo intelectual propio, inquisitivo de archivos y bibliotecas, y negocios del monasterio cuyo representante es: pleitos con los que ha de correr la casa. De todo se encarga; al menos fechas más tarde, con seguridad. Por no ser gravoso al monasterio y su endeble hacienda se hospeda, por lo común, siempre que se halla en Barcelona, en casa de un familiar suyo, según propia confesión, sin precisar quién sea ni qué grado de parentesco les liga¹⁴.

1763. Varias cartas de este año se refieren a las gestiones que lleva por bienes del monasterio. Unos vecinos de Avellanas han

¹² Cf. *Memorias*, t. IV, p. 186.

¹³ *Memorias*, t. I, p. 74; t. IV, p. 134.

¹⁴ *Memorias*, t. IV, p. 160.

presentada un pleito al monasterio sobre la abundosa — e indispensable al convento — fuente de la Mallola. La había recibido éste ya en los comienzos de su existencia por donación total hecha guardando todos los requisitos legales necesarios. Llevaba cinco siglos en usufructo y posesión absoluta y única de sus aguas hasta que con la Guerra de Sucesión vino el ausentarse los canónigos del monasterio que quedaba cerca de los campos de guerra; permaneció la casa semiabandonada durante casi cinco años, en los que se estropeó la cañería — unos tres kilómetros de distancia — y al volver los canónigos, pobres, sin recursos suficientes para rehacerla, se arreglaron como pudieron subiendo a mano, del valle vecino, el agua indispensable para el uso ordinario.

En este tiempo algunos del vecino pueblo de Avellanas orientaron la corriente primera hacia sus vecinos campos, no sólo bien avenidos con la situación de facto, sino aun buscando de derecho lo que gozaban de hecho. Así creyeron proseguir sin que el monasterio se atreviera a reclamar lo suyo, por temor a gastar lo que no tenían. Pero ya se había rehecho y había todo un Caresmar velando, y tratóse de reconquistar los derechos perdidos. Entonces todo se volvieron pleitos. El carácter ardiente de Caresmar, y su espíritu de servicio al bien de sus hermanos había de llevarlo a registrar archivos en que se cercioró plenamente de la justicia de su causa y determinó volver al monasterio aquella agua indispensable para la misma existencia conventual. Tomó tan a pechos el negocio y lo hizo tan bien que salió con el pleito en Barcelona y en Madrid — adonde apelaron los tales vecinos — por medio de un agente. Él personalmente llevóle adelante en la primera audiencia, en la segunda — por no gastar lo que no tenía — quedó encomendado «a un agente», siempre orientado por numerosa correspondencia; por lo que el resultado final debe referirse totalmente a Caresmar.

1763. «El 11 de junio — dicen las *Memorias*¹⁵ — que el Reverendísimo Caresmar no asistió a la elección de terna, y antes de verificarse leyóse su carta por la que renunciaba a la voz activa y pasiva, dando la razón de que se hallaba en Barcelona por

¹⁵ *Memorias*, t. IV, p. 163 y un papel suelto pero de la época.

asuntos de la casa. Acabamos de decir cuáles eran dichos asuntos. Poco después se hallaba ya en el monasterio, pues el 12 de enero de 1764 escribe desde allí a su amigo Jaime Campíns.

Es una carta la mar de interesante, a nuestro respecto. Después de los saludos normales dice: «Estoy esperando venga de Madrid un libro que he impreso en defensa de san Severo, obispo de Barcelona, en contra del célebre valenciano Mayans» (buena fecha para catalogar la obra caresmariana). Respecto a Bellpuig de las Avellanas, la carta contiene una descripción preciosa para su historia, y a la que se deberá acudir al referirse a él. Su descripción y la de sus hombres — topografía y etopeya — se halla repleta de un amor generoso, casi exultante. Semeja un cartel de anuncio convencido y chillón.

Otra carta suya sale del monasterio el 8 de marzo del mismo año. En ella escribe que la flema del censor hace que no pueda remitir a su amigo Campíns la obra que le anunciaba en la anterior: ¡cuánto debió ejercitar la paciencia el sanguíneo Caresmar entre tanto papeleo burocrático y sobrante y las dilaciones por causas injustificadas y fáciles de suprimir!¹⁶

El 19 de julio escribe también desde Bellpuig: que tenía en Vich en la imprenta un libro, había muerto el impresor y no quedaba otro en la ciudad. Y así quedaron las cosas — paradas — hasta que la viuda había buscado otro en Gerona.

Aún escribe de nuevo desde Bellpuig el 4 de agosto al Sr. obispo de Lérida. Había remitido al Prelado una obra suya y éste le ha dado las gracias con palabras de verdadero encomio. Le contesta humilde y agradecido a sus palabras elogiosas¹⁷.

En Cervera de visita. — En cambio la carta siguiente portadora de la fecha del 26 de agosto de este año de 1764 la escribe ya en San Hilario (Sacalm, provincia de Barcelona). Antes había pasado por Cervera, donde quería entrevistarse con el Dr. José Finestres, ya anciano. Además del acercamiento de dos espíritus próceres dábbase la comunicación de dos corazones, de dos amigos entrelazados por un cordón de oro: la dulce memoria del Padre

¹⁶ *Memorias*, t. IV, p. 171.

¹⁷ *Ibidem*.

Daniel, el hermano amadísimo para el uno y el maestro respetado para el otro. La entrevista fue muy cordial y provechosa, al par que de consuelo para el buen anciano. El Dr. José escribía luego a su amigo D. Ignacio de Llátzer Dou hablando de Caresmar: «Es un hombre laboriosísimo, pero tiene la salud muy quebrantada y no es mal crítico»¹⁸, y en otra carta seguía: «me confesó que su latinidad no era la más propia porque no avía hecho particular estudio en perfeccionarla; con todo, no es despreciable y no desagrada a estos padres críticos o ciceronianos»¹⁹.

Cumplido este deber de su mente y corazón — nos cabe la seguridad de ser fructífero en el sentido de su saber y su sentir no menos que serviría de consuelo a quien amaba la obra de Bellpuig — la necesidad le impuso ir a tomar las aguas medicinales de San Hilario. Acabamos de oír al P. Finestres que lo halla con salud escasa. A su pesar no parece le hagan mucho bien; y aún resulta peor que el dinero se le gasta, con lo que el dictamen médico de que prosiga por dos o tres meses queda como en el aire. Además, que el frío se deja ya sentir bastante. En San Hilario además de las aguas ha encontrado consideración y afecto. «Todas las casas principales del pueblo (asegura), se me han ofrecido»; pero no acepta, escribirá al Sr. abad «por no quedar ligado». Es un brochazo psicológico que le retrata de cuerpo entero. Así fue Caresmar; con conciencia plena de lo que es y representa; prefiere gozar de la dulce independencia del sabio, sin por eso encastillarse acremente, bien ajeno a las circunstancias humanas. Termina asegurando «que ya ha hecho un tiempo malísimo para tomar las aguas»²⁰. La misma altitud sobre el nivel del mar de San Hilario adelanta a veces de modo notable los fríos de final de otoño o principio de invierno. El 23 de octubre se halla ya en el monasterio. De ese día es una carta que dirige a su amigo, el ya citado Jaime Campíns. No mienta para nada su salud ni en bien ni en mal; podemos, pues, suponer que los baños le sentaron bien, ya que en seguida emprende un trabajo agotador de archivo.

¹⁸ CASANOVAS, *Epistolari*, I, p. 308.

¹⁹ CASANOVAS, *id.*, p. 312.

²⁰ *Memorias*, t. IV, p. 176.

En Gerri de la Sal. — En efecto, correspondiente al 1 de diciembre de este 1764 hallamos carta del Sr. abad de Gerri de la Sal, D. José de Areny, dirigida al abad de Avellanas. Casi el único motivo de ella es el P. Caresmar. Comunica la salud excelente que disfruta éste envuelto por sus infatigables tareas, hallando preciosidades de entre las cenizas del archivo. Lo demás de la carta es un monumento a la ciencia y trabajo del P. Caresmar, «por quien (asegura) harán cuanto esté de su mano»²¹. Seguramente que a nadie se le ocultan las escasas fuerzas y grandes achaques que padece y que todos procuran aliviar en la empresa del archivo que ha tomado generosamente sobre sí con el mayor y mejor modo posibles a cada uno.

El 11 del mismo mes escribe el propio Caresmar desde Gerri. Se dirige al abad de Bellpuig asegurando hallarse contento, y dándole cuenta de su trabajo. Dice lleva ya «reducidos a compendio más de 170 pergaminos y 130 copiados a la letra; llevando la pluma Llovet, que es velocísimo». Prosigue asegurando su prisa por hallarse en Bellpuig para el día de Navidad, pues que desea pasar ese día con los hermanos, con su familia religiosa. El mucho andar entre pergaminos no ha secado ni apergaminado su corazón. Su espíritu es dúctil a todo sentimiento delicado y social. No es que se halle a disgusto entre aquellos entre quienes ahora convive, que hasta se han hecho un deber de agradecimiento y caridad religiosa el cuidarle y atenderle, pero es que desea — muy justo — hallarse por tal día entre quienes el Señor le dio como hermanos y compañeros de vocación, en ambiente propio, al calor familiar. Nos complacemos en señalar este aspecto humano de un hombre no tan comprendido cual se merece. Tornaremos luego a insistir en él, que bien se lo merece.

También de Gerri envía carta Caresmar para el abad de San Pedro de Camprodón (Gerona). Es monasterio de benedictinos, pero el superior es el antiguo canónigo de Bellpuig, P. Pedro Trelles, compañero de nuestro biografiado, con quien guarda relaciones singulares. El tema esencial son los trabajos que lleva en Gerri y sus preocupaciones por terminar pronto. Sus constantes

²¹ *Memorias*, t. IV, p. 164.

trabajos de archivo, pesados y exigentes por demás, no le impiden, con todo, dedicar tiempo y más tiempo, todo el necesario a las cosas del convento y sus necesidades. En estos días redobla sus esfuerzos por resolver el asunto de la Fuente de la Mallola, de necesidad vital para la casa. Escribe frecuentemente al agente de negocios del monasterio en Madrid una vez que él mismo lo resolvió satisfactoriamente en Barcelona. Al fallar éste a favor del monasterio parece que el grupo de Avellanas ha acudido reclamando en contra a Madrid. Es cuando el monasterio — pobre como se halla y no pudiendo enviar una persona que siga el pleito — entrega el negocio en manos de un agente de los muchos que de eso viven en la capital. Con éste se carteará con relativa frecuencia hasta la resolución final²².

1765. El 24 de mayo concurrieron los pueblos vecinos en procesión solemne a San Cap o Bellpuig el Viejo, en demanda de lluvia. El autor de las *Memorias del Monasterio* escribe que predicó el P. Finestres; pero el P. Daniel hacía más de once años que había fallecido. No parece probable que viniera el Dr. José Finestres, hecho por el que hubiera aparecido más destacada la noticia, pues que consta como una cosa corriente y casera. La explicación mejor que se nos ocurre es hallarnos en presencia de un fácil «lapsus calami» y suponer que en lo que la inteligencia pensaba era en Caresmar, cuando la pluma trazaba el nombre de Finestres. Dos figuras, una parecía sustituir a la otra dada su semejanza en lo estimable²³.

Ciertamente que en julio Caresmar se halla — o prosigue — en el monasterio. El 18 de este mes de julio escribía el Arcipreste de Ager al Sr. abad notificándole que envía dos cabalgaduras y mozo con objeto de que los Padres Caresmar y Pascual puedan trasladarse a Ager y honrar con su presencia los concursos-oposición que hay anunciados para cubrir la vacante habida entre sus canónigos. Sabemos que, en efecto, trasladáronse los dos solicitados; porque de nuevo el 8 de agosto vuelve a escribir el arcipreste al Sr. abad agradeciendo «el haber honrado los concursos con la

²² Cf. *Memorias*, 144, 167 y 182.

²³ Cf. *Memorias*, 183.

presencia del P. Caresmar, doctor en Teología, y el P. Pascual, doctor en leyes civiles y canónicas»²⁴.

1766. El 14 de enero se halla ya de nuevo en Barcelona. Con seguridad que debió llegar a finales de verano. Pero ésta es la primera fecha conservada. De ese día se guarda copia de la carta que escribe al Sr. abad. Prosigue, aunque fuera, ocupándose del monasterio hasta en detalle: le ha salido una ocasión propicia para comprar un jarro con su palangana «de plata vieja». Serviría en los pontificales del monasterio, ahora sin lo indispensable para su solemnidad necesaria. «Es barata e irá muy bien», apostilla. Se acuerda de su Comunidad y de sus preocupaciones. Días después, el 25 exactamente, vuelve a escribir para enterarle al superior que lo ha adquirido, y hecho grabar después en él las armas del monasterio; terminando como refocilándose en su preocupación: «Es hermoso y quedará bien»²⁵.

El 5 de abril torna a dirigirse por carta al P. abad y en él a todos. Ha tenido noticia de lo lucido del sermón predicado por el P. Pascual en Igualada — no señala más datos —; y se alegra mucho por la feliz sentencia obtenida por el monasterio en Madrid respecto de las fuentes, cuyo pleito siguió él hace ya dos años en Barcelona. Añade otras noticias pequeñas y caseras, lo que le muestran hombre práctico y amante de su comunidad²⁶.

Nuevamente nombrado abad. — Por este tiempo debió realizarse la terna que le presentó candidato en primer lugar para el cargo máximo del monasterio. Unos cinco meses más tarde — precisamente el 25 de septiembre de 1766 — tomaba posesión de la abadía. Era la segunda vez que ocupaba este cargo. Eligió por secretario al P. Pascual. Pasados los tres años reglamentarios y en tal fecha exacta como ésta en que lo inició, diolo por concluido. No existen noticias suficientes como para asegurar que estuvo todo el tiempo en el monasterio. Es muy posible. Tampoco se guardan noticias acerca de este período abacial y sus obras. En

²⁴ *Memorias*, t. IV, p. 171.

²⁵ *Memorias*, t. IV, p. 192.

²⁶ *Memorias*, t. IV, p. 193.

cambio, a poco de terminar su prelatura lo hallamos ya en Barcelona ²⁷.

1770. El 26 de mayo de 1770 escribe desde Barcelona al Padre abad. Particípale que ha visitado en compañía del P. José Martí — la famosa trilogía bellipodiense se relaciona con intimidad — al Sr. obispo barcelonés, quien los ha recibido «con mucha sencillez y dulzura» ²⁸. No escribe si fue solicitada su presencia o él mismo espontáneamente pidió la visita. Conjeturamos que él solicitó se le abriera el archivo. Don José Sanabre escribe haber terminado Caresmar por este tiempo su obra acerca de san Severo, mas por los datos arriba expuestos se ve claramente que ésta debe colocarse con bastante anterioridad. El 5 de septiembre determinó hacer en Barcelona un terno de damasco blanco compuesto de casulla, dalmáticas y capa y lo quiso pagar el rector de la parroquia del Pino.

Gran parte de las fechas que siguen las hallamos publicadas por el Ilustre director del Archivo Episcopal de Barcelona, don José Sanabre, que ha querido honrar de este modo a su ilustre antecesor y casi fundador de este oficio y cargo, Dr. Caresmar ²⁹.

En el Archivo diocesano.—1770. El 10 de septiembre se le permite franquear las puertas del Archivo catedralicio y registrar los documentos que haya «sobre la cabeza de san Hermenegildo».

1771. El 15 de abril se aprueba en capítulo catedralicio y a propuesta del canónigo Sr. Pou se le invite a arreglar u ordenar ese archivo; pero no parece hiciera caso el P. Caresmar: o no podría o quizá no se le cursó la propuesta, o vería ciertos inconvenientes. Lo cierto es que el 17 de mayo se renueva la aprobación de proponerle ese trabajo y confianza. Nuevamente el Padre Caresmar declina el ofrecimiento. El 24 se insiste por tercera vez,

²⁷ *Memorias*, t. I, p. 74; t. IV, p. 190.

²⁸ *Memorias*, t. IV, p. 193.

²⁹ J. SANABRE, *El archivo de la catedral de Barcelona* (Barcelona, 1948), páginas 59-78, principalmente.

añadiendo que vaya una comisión acompañando la solicitud, pero no tuvo mejor aceptación.

El 26 de junio se insiste de nuevo en Capítulo, y se aprueba se interponga los oficios buenos del Sr. abad. El 9 de agosto llega la respuesta: El P. Caresmar admite la solicitud del cabildo. En este lapso debemos suponer escritas algunas cartas cruzadas entre el P. abad y el P. Caresmar. Si no medió la obediencia formal, sí la atención al superior. Ya podía haberse convencido de que no hacía su voluntad y que obraba como perfecto hijo de obediencia en un asunto que precisamente caía bajo sus gustos e inclinaciones. Algo debió retardar el comienzo de este trabajo, quizá dar por terminado el que llevaría entre manos, ya que hasta el 16 de septiembre no se acuerda señalarle habitación donde labore con alguna comodidad y desahogo.

La labor será, como siempre, intensa. Ante ella hay quien halla muy pronto excesivamente corta la atención señalada para su vivir: «son pocas las 33 libras barceloneses propuestas por el mismo Sr. Caresmar». Más tarde se le permite llevar a casa los «llibres antichs», con lo que se le facilitará el trabajo de por sí muy pesado, y más si ha de llevarlo a cabo en no buenas condiciones. Caresmar es muy bien visto, generalmente hablando, por el Capítulo; y éste consideró como grande honor y deferencia que el Sr. Caresmar trabajara en ordenar el archivo. Por otra parte, el P. Flórez — de máxima autoridad y competencia — había solicitado notas sobre la catedral barcelonesa; y trabajaba por encargo real...

Caresmar se entrega a su obra con todo ahínco, obstinadamente, agotadoramente. Hemos visto que hace tiempo que no goza de gran salud. Quizá no la tuvo nunca cabal. En esto se parecía algo al P. Daniel Finestres, si bien éste disfrutó de mucha menos. A cada esfuerzo o período de intensidad sucede un descenso acompañado de los cuidados indispensables.

El 22 de octubre solicita permiso para salir de Barcelona con objeto de rehacer su salud. El monasterio recibíale de cuando en cuando. Sus aires puros, su quietud recogedora, su encanto de familia le proporcionaban un sedante propicio. Mas la distancia

grande a que quedaba y los dispendios que suponía su traslado se lo vuelven poco menos que imposible. San Hilario Sacalm queda más cerca, y con las aguas, que componen un poco su debilitado organismo. Estos dos lugares le proporcionan algún descanso, pero sólo cuando ya no puede seguir por el agotamiento o la enfermedad. La fecha anterior nos muestra la de su veraneo.

De residencia en Barcelona. — 1772. En este año se traslada definitivamente a Barcelona. Queda ya en plan de poner orden en el Archivo catedralicio. Nada menos que dieciséis años permanecerá aquí extractando documentos y copiando más de 14.000. Aquí permanecerá hasta 1789 en un trabajo continuo, pesado y exigente. Redactó 8 grandes volúmenes con miles de documentos comprendidos entre los años 800 a 1668: en este trabajo permanece casi a la continua. Algunos datos del monasterio nos confirman esto mismo: la ausencia de Caresmar.

1772. El 16 de julio hubo Capítulo en Avellanas, pero «faltó a la nominación de la terna»; y por cierto que el secretario Malves dice que se trató de su ausencia, «pero que ni se insinuó el motivo». El 1.º de diciembre asistió a la reunión de la Academia de Buenas Letras de Barcelona, donde afirma llevar entre manos la redacción de su obra *De rebus ecclesiae Sanctae Mariae Bellipodiensis*... sobre la historia del monasterio de Bellpuig de las Avellanas³⁰.

1777. Escriben las *Memorias* que el Rmo. Bover por enfermo y Caresmar por ausente, no asistieron en el monasterio a la elección de presidente. El primero renunció en presencia del secretario del Capítulo a la voz activa en el mismo; y el segundo lo había hecho por carta. Actuaba de secretario el P. Pascual. El P. Caresmar había sido nombrado nuevamente abad por el Rey, pero alegando sus razones en contra aún no había llegado la contestación real. Éste era el motivo de nombrarse presidente, cargo que sólo existía entre dos mandatos abaciales. Su Majestad admitió los motivos expuestos por el P. Caresmar y nombró a

³⁰ *Memorias*, t. IV, p. 199.

D. Antonio Trueta, quien falleció antes de acabar el trienio ³¹.

El 1 de abril de 1783 — dicen las *Memorias* — a la muerte del abad Bellsolá, no tomaron parte en la elección de presidente, ni el P. Pey, ni el P. Caresmar; ni aun se les envió convocatoria, en conformidad con lo ordenado por el prior Amell. Don José Martí, que se hallaba enfermo, votó en manos del secretario Estrada.

1784. El 31 de octubre consta que sigue en Barcelona, pero también que se preocupa del monasterio. Escribe al abad «haber salido a venta dos bordones viejos, pero bien labrados», y pregunta si podría adquirirlos ³².

El P. Flórez le encarga en este año que trabaje en el Archivo de la catedral, y fruto de ello es casi todo el material de los volúmenes 29 y 34 de *España sagrada*, referente a las diócesis de Barcelona y Vich.

1786. Nuevamente se reúne el Capítulo bellipodiense el 17 de julio para proceder a la elección de la terna. Se admite la renuncia de voz activa y pasiva del P. Caresmar, leyéndose dos cartas del mismo en las que exponía los motivos para obrar así. Todos quedaron conformes con las razones aducidas y se admitió la renuncia.

El 3 de octubre de este mismo año se reconocieron en Bellpuig, y ante el Capítulo reunido para el caso, las reliquias del beato Hugo, primer sucesor de san Norberto. Venían en caja sellada con sello de Premontré — casa general de la Orden de su nombre — y dirigidos al P. Caresmar, en Barcelona. Éste las remitió bien custodiadas y seguras al abad, P. José Pey, y llegaron perfectamente. Estos servicios del P. Caresmar prestigiaban a Bellpuig notablemente tanto dentro como fuera de la Orden y lo iban enriqueciendo espiritual y materialmente; por otra parte nos hablan de la adhesión del P. Caresmar a su monasterio no menos que del prestigio que le aureolaba el conseguir tales distinciones ³³.

³¹ Cfr. *Memorias*, t. IV, p. 201.

³² *Memorias*, t. IV, p. 196.

³³ *Memorias*, t. IV, p. 196.

El P. Caresmar prosigue su trabajo en Barcelona, pero se le va enrareciendo la atmósfera en que ha de vivir. Hay incompreensiones y hasta ocusaciones ridículas y muy mortificantes. No hay motivos reales y altos. Son las menudencias de siempre. Ahora se le achaca fuertemente la mala letra. Ciertamente que nunca la tuvo buena, pero es motivo bien baladí para el caso. Lo peor es que se interfieren partidismos y facciones sin motivo alguno. El P. Caresmar sufre como cualquiera, más que muchos, dado su carácter y su pureza de sentimientos. Sólo su inmenso amor a la ciencia le retiene en esta su segunda vocación, y en Barcelona; y también la cortesanía y correspondencia de amigos que reconocen su valor y su trabajo de selección en cantidad y calidad.

Puede decirse que hasta 1780 trabajó con ilusión y sin estorbos. Otra cosa será cuando en este año surge la cuestión del rezo del nuevo Oficio de santa Eulalia de Barcelona: algunos eruditos han compuesto los rezos, y cada uno a su modo, como es natural. El Sr. obispo, D. Gabino Valladares, puso en manos de Caresmar y... del P. Agustín Sala los trabajos presentados, esperando de su recto, prudente y sabio proceder y profundo talento una sentencia discriminatoria. Ambos rechazaron para la Santa barcelonesa el título de «protomártir tarraconense» y no aprobaron hechos que no constaran científicamente comprobados por documentos fidedignos. Al conocerse esta sentencia protestó el Capítulo catedralicio al frente de no poco del pueblo bajo, considerando, singularmente a Caresmar como enemigo de la Santa y falseador de la verdad histórica, pues que reducía a tres los trece martirios hasta entonces reconocidos y cantados de la Santa³⁴. Alguien — de dición buena, pero con mala intención — alentó el odio de la plebe contra Caresmar y se expandieron malos versos de hechura y de peor fin, ridiculizándole aunque sin pronunciar su nombre. Todo lo soportó Caresmar con paciencia, pero permitió se publicara en Madrid, bajo seudónimo, una «Censura sobre algunos hechos del martirio de santa Eulalia barcelonesa»³⁵. Con lo que, sospechándose el autor, vinieron a agriarse los

³⁴ ELÍAS DE MOLINS: «Discurso de ingreso en la A. de B. L. de Barcelona».

³⁵ TORRES AMAT, *Dicc. escr. catal.* Puede verse para este punto a MERCADER, R., *Un igualadí del segle XVIII: Caresmar* (Iguialada, 1947).

ánimos. Puestas así las cosas era inevitable un rompimiento.

En el Archivo episcopal. — Con esto la obra de Caresmar en el Archivo catedralicio quedó truncada. Ya en 1785 surgieron algunos roces, al principio de poca monta. Se repite lo de mala letra; algunos aumentan y le motejan de poco técnico, y cosas por el estilo. Al fin no se pudo continuar en esa atmósfera, y suspendió los trabajos. El 12 de mayo de 1789 se le entregaban 200 libras barcelonesas como final de su labor. Y seis días más tarde pasaba al Archivo episcopal, llamado por el obispo Valladares. Se cumplía lo del refrán esperanzador y cristiano: «Donde una puerta se cierra otra se abre». Este señor obispo y su secretario el Dr. Almarza le habían sostenido y defendido en todo tiempo y apreciaron siempre su valor y trabajo. No eran de un día las relaciones de amistad, puesto que ya se conocen cartas mutuas desde 1776. Pero, oculto había quien atacaba impunemente y no podía tolerar esta nueva consideración que se tenía con el sabio. Sólo habían pasado unos días desde que quedó adscrito al Archivo episcopal y ya apareció un folleto contra el mismo señor obispo, quien tuvo que suspender de confesar y predicar al desaprensivo autor; al propio tiempo que se detenía y formaba proceso al editor. El P. Caresmar creyó conveniente explicarse ante el gran público y sacó un folleto de 22 páginas en folio agradeciendo muy de veras al Sr. obispo su ayuda desinteresada y la defensa que había hecho en su honor y trabajo.

Con Caresmar queda agradecido todo el convento avellanense, como puede verse por la carta que el Sr. abad, P. Pascual, el dilecto amigo y cohermano de Caresmar, escribía a su Excelencia Rma. con fecha del 13 de junio. Por ella expresa «el agradecimiento cordial y sincero de toda la comunidad por la defensa que ha hecho del P. Caresmar, y al propio tiempo ofrécese a su servicio totalmente»³⁶. Bellpuig hace causa suya la del preclaro miembro que le honra del mejor de los modos: el trabajo científico y el ejemplo virtuoso.

Nuevamente el 18 de julio de 1789 reúne el Capítulo belli-

³⁶ *Memorias*, t. IV, p. 201 r.

podíense con objeto de votar terna para elegir abad. Las *Memorias* escriben otra vez la observación, «pero el canónigo Caresmar no asistió; y escribió que no podía presentarse». En cambio llegó al monasterio el día 10 de septiembre³⁷. No sabemos con certeza el motivo de su ida, ni el tiempo de su permanencia, aunque no nos alejaremos mucho de lo cierto pensando que quiso rehacer su salud, y pasar un par de meses lejos de la tarea exigente del Archivo. Bellpuig goza de un invierno envidiable y pensó seguramente reponer su delicada salud. Nada sabemos de ella, pero no extrañaría se sintiera no poco acabado y quisiera rehacer sus fuerzas o acaso ordenar sus cosas. Caresmar fue hombre de talento. ¿Y por qué no pudo sentirse muy cerca del final?

Puede darse aún otra explicación a esta venida de Caresmar a Bellpuig. De otras fuentes sabemos que el P. Pascual veía la cantidad de obligaciones que pesaban sobre el monasterio con respecto a los bienhechores antiguos. Eran exagerados los aniversarios que habían de cumplirse por donaciones, que si en su tiempo significaron rentas suficientes, en el día, depreciado el dinero comparativamente, no podían seguir de ese modo. Impóníase un reajuste, y el P. Pascual dudaba en si obrar por sí mismo o si debía solicitarlo del Sr. Nuncio. Cuestión de conciencia que consultó con el P. Caresmar. Lo estudió éste y le contestó antes del 11 de enero de 1791³⁸. En este día el P. Pascual exponía en Capítulo la opinión de Caresmar. Para la reducción no se necesita acudir al Sr. Nuncio; y más que, habiendo acudido el arcipreste de Ager — dependiente entonces directamente de Roma, como el monasterio precisamente — con idéntico motivo, a la Cámara Real para que lo pasara al Papa, fuele contestado que «usara él mismo de sus facultades»; y comenta Caresmar que «el abad de Bellpuig tiene las mismas»³⁹. Suponemos que el P. Pascual lo preguntó de viva voz al ilustre maestro, y éste aguardó la contestación para Barcelona, donde lo pensaría y aun consultaría.

Caresmar volvió a Barcelona seguramente algo repuesto y con fuerzas. Nuevamente entró en el Archivo... Y no nos quedan

³⁷ *Memorias*, t. I, p. 79.

³⁸ *Memorias*, t. IV, p. 202 r.

³⁹ *Memorias*, t. IV, p. 203 r.

más noticias de él. Dos años, los últimos, que desconocemos. Al parecer, nada extraño o singular le ocurrió; prosiguió en su trabajo normal y en plena granazón, con sus conocimientos profundos y extensos unidos a la maestría que le dan el ejercicio continuado de mucho tiempo: su trabajo era de calidad y abundante.

Muerte de Caresmar. — El día 2 de septiembre de 1791 recibía el Sr. abad desde Barcelona noticias de que el P. Caresmar había sufrido un fuerte ataque de apoplejía, que luego se repitió. Reunido inmediatamente el Capítulo, expuso ante él, que, en caso de morir el paciente, juzgaba necesario el traslado del cadáver al monasterio. Para este fin propuso el enviar al Sr. canónigo José Martí a Barcelona, quien se encargaría de hacer los trámites necesarios y traer al mismo tiempo todas las obras del P. Caresmar ⁴⁰. No se nos dicen las excusas alegadas por Martí, pero es lo cierto que se le admitieron y se deputó para todo al P. Jacinto Martí, natural de Seo, gran personalidad, que llegó a ocupar la abadía hasta cinco veces, único caso en todos los tiempos. Conceratóse en conclusión que acompañaría el cadáver hasta Altet.

Pero el P. Caresmar había fallecido ya el 1 de septiembre. Antes de que salieran de Bellpuig en su busca, ya en Barcelona los buenos amigos, y seguramente el Sr. obispo, habían dado los pasos necesarios, y avisaron la salida de los restos mortales. El P. Jacinto saldría, pues, hasta Altet. Ya que se supo el obrar de los amigos de Barcelona el Capítulo aprobó que «hasta llegara a Barcelona» si fuera necesario. Pero los hechos salieron diversos: emprendióse el viaje; durante el camino cruzóse con la comitiva que traía el cadáver sin advertir su presencia, y precisamente en Altet, y siguió hasta Barcelona. La comitiva, entretanto, llegó a Balaguer y lo advirtió al monasterio, de modo que poco después al acercarse a éste todas las campanas tañeron a muerto y la comunidad en pleno lo recibió oficialmente y con toda solemnidad a la puerta exterior «cerca de la hospedería; y en procesión acompañáronle a la iglesia, donde fue enterrado en la capilla de la Con-

⁴⁰ Cf. *Memorias*, t. IV, p. 204.

cepción». Al día siguiente, 5 de septiembre, se le hicieron los funerales con asistencia de muchos sacerdotes forasteros y del abadiato, del Sr. José Bonay, de Balaguer, etc., oficiando el abad P. Pascual ⁴¹. Más tarde éste hizo colocar a sus expensas una preciosa y bien labrada lápida o laude de mármol en la pared de junto al sepulcro en la iglesia. El P. Pascual ⁴² dice respecto a su enterramiento que yace al pie del altar de la santa Sandalia, de tierna devoción del difunto, cuyo retrato mandó sacar D. Nicolás Rodríguez Lazo, ministro fiscal de la Inquisición de Barcelona, al profesor Montaña en 1788. Luego lo regaló al monasterio en señal de aprecio y para memoria y estímulo de los venideros.

Santa María de Bellpuig de las Avellanas.—El monasterio de Nuestra Señora de Bellpuig de las Avellanas se halla situado a poco menos de 15 km. de Balaguer, y muy cerca del antiguo camino—hoy carretera—que une esa población con Ager y Tremp. Al tiempo de llegar a él Caresmar en 1742 sus construcciones eran bastante menores que en la actualidad, sin por eso dejar de presentarse como una gran mole defendida de los fríos vientos del Norte por un cercano montecito alargado que en su extremo lo ha cortado la carretera actual, abriéndose paso no difícil en la parte con que se une al monte del Oeste. El monasterio tiene sus cimientos en una colina o repecho y como prolongación del monte anterior, asomándose y presidiendo un vallecito asaz alegre y productivo. Desde los ventanales o galerías, en días despejados, llega hasta determinarse bien la mancha negra de Lérida, y otros accidentes topográficos importantes, en especial los generosos llanos de Urgel; pero en lo que más se goza la vista es en el vallecito cercano y el monte frontero, repletos de verdor y paz no menos que de una rica y variada colección de pajarillos.

El recogimiento montaraz, sano y alegre de Bellpuig, junto a una regla exigente y austera proporcionaron al espíritu agudo de Caresmar el ambiente propicio y oportuno al trabajo selectivo. Allí encontró lo que más quería: quietud, campo preparado al

⁴¹ Cf. *Memorias*, t. IV, pp. 203 r y ss.

⁴² PASCUAL, S. A. C. M., t. XI, p. 509.

«ocio literario», maestro iniciador, en la persona de Daniel Fines-
tres y discípulos, luego distinguidos, obsequiosos y agradecidos.
Y con todo eso, rica biblioteca y extraordinario archivo. Además,
las tierras esteparias que rodean el monasterio, y su valle movían
al espíritu y le daban ánimos pujantes para arrancar al árido per-
gamino cuanto podía entregar, como los menestrales ahincaban
en su anhelo hasta lograr el fruto de aquella tierra pobre y dura.

Bellpuig, en más, era la única abadía premonstratense esta-
blecida o radicada en Cataluña. Tenía — y había tenido alguno
más — uno o dos prioratos de escasa importancia. Pero aunque en
lo material perdiera algo, entraba precisamente con Caresmar en
período áureo bajo todos los sentidos, más que nada en el pon-
derado de un prestigio singular.

Como él escribirá a un amigo, son pocos en número, pero
muchos en valor: «somos sólo 16 canónigos y 6 conversos, pero el
monasterio tiene más hombres que otros de 50»⁴³. Amor y orgullo
de su casa parece esta afirmación, pero que no iba descaminada.

Bellpuig tenía hombres y tenía historia. Había biblioteca y
archivo: el hombre y el medio necesario a su desenvolvimiento.
Ante la voluntad surgió el sabio. No el sabio egoísta, orgulloso y
afincado en su torre a donde no llegan ni las desgracias ni las
alegrías de sus hermanos, sino el pedagogo que piensa en per-
vivir, en resucitarse en cada alma de discípulo: del hombre que
siembra, que se mata para sobrevivir en los hijos de su cerebro y
corazón. Ciencia, amor y abnegación. En este caso de Caresmar
son dignas de ponderarse las palabras con que adivina el talento
y vocación de su discípulo Pascual: «Hay buenos teólogos y pre-
dicadores, históricos y humanistas (en el convento). El último que
ha entrado, que es un hijo de la casa Pascual, de Esparraguera,
la más rica de la villa, ya estaba graduado de leyes y era opositor
a cátedra en la Universidad de Cervera y es mozo de grandes es-
peranzas . . . »⁴⁴.

De la paz en que vivió, ambiente en que se desarrolla todo
estudio serio dice: «Tanta es la paz y unión que entre sí tienen

⁴³ *Memorias*, t. IV, p. 165, carta a Campins.

⁴⁴ *Memorias*, t. IV, p. 166, id.

— todos los habitantes de la casa — y la afición a quietud y letras, que no sólo no hay parcialidades, mas apenas se halla quien guste de ser abad, pues no le aprovecha más que a los otros sino el tener menos tiempo para sí y más cuidados. En lo demás es venerado como padre sin rastro de obediencia servil, y él trata con todos con la sencillez de hermano . . . Tenemos médico en casa y también cirujano; éste, converso; el otro, seglar y muy hábil ⁴⁵. En este ambiente casi idílico en que ve Caresmar a Bellpuig no extraña que se sienta feliz, que trabaje incansablemente y que siembre en su derredor alegría y trabajo: la pléyade de almas grandes que surgen a su lado serán gloria de las letras en Cataluña hasta terminar el siglo XVIII. En Bellpuig le renacían las fuerzas cuando después de una brega difícil y constante de resquemores y atmósfera hostil, subía al monasterio a cada temporada de ausencia indispensable y fructífera. Sus aires y su paz fortalecían sus pulmones y corazón. Allí formaba y consolidaba a los dos discípulos más destacados: Pascual y Martí.

En Bellpuig. — Ya hemos dicho que Caresmar vestía el hábito blanco premonstratense en este monasterio cuando contaba veinticinco años. Llegaría a él unos tres o cinco meses antes conforme a lo preceptuado. Un año exacto después emitió los tres votos de la profesión religiosa. Traía en su haber una personalidad destacada, casi hecha pero con múltiples posibilidades en capacidad de ser o de precisarse. Esperaba la impronta definitiva, el molde en que vaciarse todo entero; porque esto es lo que distinguía a Caresmar: darse todo, no saber nadar entre dos aguas, ni hacer las cosas a medias. Buscaba en Bellpuig la satisfacción de nobles, encendidos y grandes anhelos.

Por gracia, el monasterio adonde llamaba había iniciado poco hacía un período esplendoroso en virtud y letras. Tras años de decadencia y de división interna se hallaba subiendo la cuesta difícil y gloriosa de la paz y la regularidad. El mismo Caresmar precisamente, con sus discípulos Pascual y Martí, va a suponer en lo exterior esa cima del saber: estos nombres son las estelas de la gloria de Bellpuig, sus monumentos.

⁴⁵ *Memorias*, id., id.

A poco de alistarse Caresmar en las filas de este cenobio cerraba los ojos para siempre a este mundo el P. Daniel Finestres. Creemos que tuvo el tiempo indispensable para tomar de sus flácidas manos la antorcha del espíritu crítico, inquisitivo que había animado al maestro joven y ajado que se iba.

Aunque en el *Elogio* que dedicara a Caresmar el P. Pascual o el común amigo Sr. Vega Senmenat, a raíz de su muerte, se le apellida «autodidacta»⁴⁶, estrictamente hablando nadie merece ese apellido, y en este caso sabemos que recibe un impacto notable del ejemplo y escritos del menor de los Finestres. Hemos dicho cómo éste había comenzado la ordenación del Archivo bellipodiense, y cómo había recogido muchas notas para la historia de la casa o monasterio, tarea que reemprenderá con más salud, tiempo y éxito el P. Caresmar: las circunstancias se le mostraron más benignas, aunque el emprender muchos otros trabajos le impidieran dar fin completo a éste.

Su espíritu de familia.—Caresmar amaba a su monasterio. Éste le proporcionó a placer soledad y quietud, cuanto podía necesitar su espíritu inquieto y un tanto agreste por recto. Llegó a él bien consciente de cuánto le convenía el apartamiento. Allí encontró además el clima de amor fraterno indispensable a la vida de trabajo y oración, y ese sin cuidado temporal que lleva a plenitud cuantos medios podían serle a propósito para la expansión que su talento y cualidades exigían. Soledad, biblioteca y archivo riquísimos; y una paz de que no pudo gozar el mismo Finestres — con su buen carácter — envuelto en disensiones rudas y dolorosísimas muy a pesar suyo o de su inclinación natural. Otra buena cosa tuvo a su favor Caresmar que no halló Finestres: la sana alegría de verse maestro de discípulos aprovechadísimos y amados y el sentirse correspondido por ellos, singularmente por el Padre Pascual.

El P. Caresmar amó a su convento. Fue el suyo un amor arraigado y sincero. El hecho mismo de dedicar dos obras a su historia lo revela claramente: *Anales del Real Monasterio de Bellpuig de*

⁴⁶ Véase la laude o lápida que aún se conserva en el monasterio.

las Avellanas, de la Orden de Canónigos Premonstratenses en el Principado de Cataluña y De rebus ecclesiae S. Mariae Bellipodiensis Avellanarum . . . , totalmente dedicados a su casa religiosa, aunque las dos incompletas. Pero más que ese hecho nos lo da a conocer el tono apologético que toma y en que se desenvuelve por más que busque imparcialmente todos los documentos posibles y múltiples. Aún más claramente se nota en las cartas en que aflora el tema. Por cierto que el P. Backmund⁴⁷, le tacha precisamente de dejarse llevar de amor mal entendido a su casa, por admitir fácilmente una que él cree leyenda al narrar los orígenes del mismo. De sus cartas raras, cuya copia nos perdura, puédesse fácilmente colegir la entrega a Bellpuig en que se desenvuelve su vida. De sus propias palabras y de las de los que le rodean: sencillas y claras, y aun escritas después de la muerte de Caresmar, cuando los ditirambos y adulaciones no son para qué, surge la verdad recta, y así se habló de él.

Veamos algunas muestras. En su primer abadiato (1754-1757) logró que el Ilmo, Sr. D. Pedro Trelles, antiguo monje de Bellpuig, y entonces abad del monasterio benedictino de San Pedro de Camprodón (Gerona) costeara las estatuas de san Pedro y san Agustín, más el Sagrario, todo en el altar mayor, que quedaba muy notablemente mejorado.

Ese mismo amor indújole a correr con el pleito exigido al monasterio por algunos vecinos de Avellanas que pretendían apoderarse de la fuente indispensable a la vida del covento, pero que a ellos les iba muy bien para algunas de sus posesiones. Querían olvidar que las usufructuaban desde cuando los canónigos, por unos años, debieron abandonar su mansión, y que el monasterio las había recibido y usado casi cinco siglos consecutivos. Caresmar sabía que el cargarse con esta demanda le exigía mucho y disgustos, pero ve su deber hacerlo y lo hace. Nos quedan cuatro cartas suyas en que palpablemente se echa de ver que sólo le mueve la existencia y bien del monasterio, y que busca no herir ni molestar a los contrincantes, sino ir con paz y justicia.

⁴⁷ BACKMUND, *Monasticon praemonstratense* (Straubing, 1955), t. III, p. 163.

Algunas cartas. — La mejor corroboración de cuanto antecede la hallamos en la carta que escribe el 12 de enero de 1742 a don Jaime Campíns. Se hallaba éste radicado en Cádiz y Madrid, según los tiempos; es un negociante «cristiano» y había estado por algún tiempo en Bellpuig por ver si tenía vocación religiosa. No la tuvo, y tanto él como los que le conocieron le estimaron toda la vida. Gusta de saber noticias de Bellpuig. Quizá trató allí al P. Caresmar, aunque no es probable. Con todo, sabe de su ciencia y fama, y por ser de Bellpuig, le estima de antemano. Escribe interrogándole sobre la historia antigua y contemporánea del monasterio. Caresmar le contesta, y sus palabras nos son hoy curiosísimas: «He ordenado, traducido y recopilado el archivo, he instruido a otros cuatro discípulos — solamente conocemos a dos con seguridad: Pascual y José Martí — en cuyo trabajo he gastado siete años, con lo que queda, trasumptado todo él de buena letra y distribuido su contenido en cinco tomos de grande volumen, con lo que ahora en cualquier ocurrencia sabemos las armas con que nos podemos defender». Y luego añade otro dato interesante: «A más de este provecho común se sigue otro particular para mí: que tengo en limpio y ordenado por la serie de años todos los monumentos con que formar la historia de esta casa, que aseguro prodigiosa. La tengo adelantada, y estuviera concluida si no me hubiesen precisado a tomar la pluma otros asuntos». Aquí, pues, nos habla de precisión, de imposición de otras cosas sobre la más querida y cuyo trabajo lo lleva por amor. Y a seguido, resume la historia de la fundación de Bellpuig el Viejo, o lo que llamaríamos protohistoria del monasterio actual, y luego la de éste previniendo — orgullo legítimo de hijo bien nacido — ser el más antiguo de todas las Religiones en Cataluña, exceptuada la Orden benedictina, narrando la que él cree la primera fundación en Cabases (Tarragona), cuya escritura primera halló el Padre Daniel Finestres; y luego la marcha de Juan de Orgañá y hermanos a estas tierras, entonces del Condado de Urgel.

Tras la historia antigua trae breve recensión de la contemporánea, de los individuos que vivían en Bellpuig entre 1720 y 1723, años por los que especialmente demandaba el amigo. Caresmar

contesta con verdadera fruición y empaque de cohermano, gozoso y hasta orgulloso de su alcurnia. Señala que todo va bien, y cuenta el caso de la vista de un antiguo monje de Bellpuig a quien la obediencia le arrancó de allí para colocarle al frente de otro monasterio que «a cada cosa nueva que veía, prorrumpía en lágrimas de gozo y alegría». Y comenta Caresmar ante el hecho: «En verdad que tiene motivo para ello, pues quien lo ha visto — al monasterio — y lo ve ahora, se admira cómo es la mudanza hecha por la sola diestra del Altísimo Todopoderoso; pues sin embargo que no somos más que 16 canónigos y 6 conversos, puedo asegurar con ingenuidad que hay más hombres que en muchas comunidades que pasan de 50». Entra luego a enumerar los diversos estudios que se profesan, y nombra a Pascual como el más destacado miembro. Seguidamente se hace lenguas de la regularidad, amor mutuo, respeto y santa paz que imperan allí, y hasta los comunes servicios de todas las profesiones necesarias a tal reunión de hombres.

Seguidamente describe la disposición material del edificio con todo cariño y minuciosidad, con amor que se deleita en el bien común, descendiendo a detalles al parecer nimios, pero que interesan al que ama; como por ejemplo, los mínimos ornamentos que posee la iglesia. Luego se entretiene en la cuestión que le preocupa: que el monasterio recobre el derecho a la fuente de la Mallola, lograr que vuelva a tener el agua corriente que tuvo hasta mediada la Guerra de Sucesión, ahora disputada por algunos pocos vecinos de Avellanas; asunto sobre el que «jamás soñé — dice — hubiera contradicción»⁴⁸.

Del 8 de marzo de este mismo año de 1742 también poseemos copia de una carta suya dirigida al mismo Sr. Campíns. Prosigue comunicando su entusiasmo por el monasterio y, aunque más breve en noticias, prosigue describiendo el recinto: claustro románico y habitaciones últimamente construidas; y con más detalle la iglesia y sus partes. Luego el coro y hábitos que en él llevan los canónigos; todo en atmósfera cordial⁴⁹.

⁴⁸ *Memorias*, t. IV, pp. 165-170.

⁴⁹ Cf. *Memorias*, t. IV, p. 170.

La correspondencia que mantiene cuando se halla fuera de Bellpuig prosigue en el mismo tono. Nos habla de su preocupación casi constante: cuida de sus problemas, piensa en él como su natural centro y donde guarda el corazón, y seguramente descansará para siempre; busca cuanto puede para mejorar sus haberes y compra soluciones a las necesidades más apremiantes, en especial cuanto diga relación con el culto (cartas del 25 de enero de 1776, otra del 5 de abril del mismo año, otra del 31 de octubre de 1784, etc.)⁵⁰.

Caresmar afectivo.—Al hallarse tan entre libros viejos, pergaminos sucios y polvo de siglos, Caresmar hállase al borde y fuertemente propenso a cierta hosquedad de trato que olvida la parte humana y social indispensable que llevamos. Es una proclividad que figura como casi una constante en cuantos «se entierran vivos», que eso y nada más es la vocación de los desenterradores de historia vieja. Peligro corriente del hombre «humano» que llevamos todos en lo íntimo. Es difícil sustraerse a ciertos imponderables inconscientes que pesan en nosotros por muchas circunstancias, no todas calculables, ni aun que caigan dentro del campo de nuestra conciencia, y peor aún si son de operación constante o si un germen innato nos tira hacia ella. Caresmar fue tenido por genio hosco. No pocos contemporáneos así lo propalaron. Él hubo de correr con ciertas preocupaciones del monasterio y hubo — como dice el refrán — de enseñar los dientes por todos; y para mayor desgracia, si así cabe hablar, la misma Mitra le metió a crítico en el asunto enojoso del oficio de santa Eulalia. Y aún se ha pretendido subrayar estas sus luchas indispensables en que no le movió su genio o carácter, sino las circunstancias en que tuvo que debatirse. Pero obsérvese la lista tan grande de sus obras, y no destaquemos únicamente las que suponen hitos de polémica.

Puede decirse que fuera de su «Disertación sobre san Severo», en que pone los puntos sobre las íes a Mayans, y sus actuaciones y escritos sobre santa Eulalia, en que salió por los fueros de la

⁵⁰ Cf. *Memorias*, t. IV, p. 173.

verdad histórica contra quienes amparados en una tradición sin pruebas preferían a la verdad la continuación de piedad no ilustrada, toda la inmensa gama de sus escritos supone un esfuerzo gigante y continuo por la ciencia y la verdad sin mezcla de partidismos ni capillitas. Marchó recto hacia ella prescindiendo de falsías o contemporizaciones con el error, y por eso o de ahí sus «persecuciones» y la pugna establecida contra su actuación ya en el Archivo catedralicio, ya en el mismo episcopal. Peligro de verle así es, que nos quedemos con una su figura adusta, de trabajador sí, pero tan suyo, tan quisquilloso y taciturno que su trabajo aparezca poco menos que con la nota de intolerable. Y no fue así Caresmar. No fue ni ceñudo, ni de difícil charla amiga, ni menos agreste, amigo del poco trato con los hombres, o encastillado en su yo pendenciero. Su correspondencia, la poca que nos queda, nos le descubre íntimamente y muy otro. Por ella aparece ecuánime, sereno, entregado a cualquier encargo que le pida un esfuerzo generoso; y, además, afectivo y obediente en grado sumo a la menor sugerencia del superior y hasta deseoso de complacer y entablar diálogo comprensivo y caritativo con cualquiera.

Algunas amistades. — Veamos algunas amistades reflejadas en su correspondencia:

a) Sea el primero el P. Pedro Trelles. Había sido monje en Bellpuig y posteriormente llamado a dirigir la abadía benedictina de San Pedro de Camprodón durante muchos años. En todas partes mostró un talento y virtud no corrientes, tales que luego fue llamado a ser presidente de esa orden en Barcelona. Era hombre metódico y prudente... Pues, es de ver con qué palabras más afectuosas lo enaltece Caresmar, con qué amor lo trata y qué afecto. «Los otros abades en la abadía que él tiene — escribe — vivían adeudados; él ha reedificado su monasterio casi desde los cimientos... ha enriquecido la iglesia... dado limosna a las monjas... y al visitar esta casa (Bellpuig) a cada cosa nueva que veía prorrumplía en lágrimas de gozo y alegría.» La sencillez y sinceridad de estas palabras denotan un alma abierta como una rosa lúcida al calor de un afecto fraterno sentido y hondo. No podemos ni sospechar un alma seca o menos túrgida al afecto humano.

Un alma egoísta y fría no sabe sencillamente de estos matices del aprecio ⁶¹.

b) Don Jaime Campíns. Este señor estuvo algún tiempo en el monasterio. Es un gran comerciante al decir de Caresmar, a quien gusta leer. Pónele en comunicación con el P. Caresmar el Ilmo. Illana. Por la correspondencia mutua semejan dos almas hechas precisamente para comprenderse. Su retrato nos lo traza el P. Illana al dárselo a Caresmar. «Es ciertamente buen cristiano, aunque negociante. Muy devoto, y de los que buscan primeramente el reino de Dios.» Luego asegura que tiene capilla en su casa y que vive en Cádiz, aunque se traslada con relativa frecuencia a la corte. Puestos en relación por este medio, Caresmar y Campíns amístanse muy de veras. El Sr. Illana llevaba entre manos y casi terminada una obra: *Vida de San Norberto*, y el P. Caresmar la *Historia de Bellpuig* (no especifica si son los «Anales» o «De rebus»), dos cosas precisamente tras las que va Campíns. Éste es el motivo primero de la amistad mutua; pide Campíns noticias y se las envía atentamente Caresmar. Sabe adaptarse al punto de vista del demandante, y sus palabras son atentas, humildes. Teme que los retrasos de sus comunicaciones se interpreten a grosería y agradece mucho lo inclinado que siente a Campíns hacia las cosas premonstratenses. No hay en sus palabras ni pizca de zalamería huera — de Caresmar no puede ni soñarse tal bajeza, dado su pensar y su actuar conjugados con su carácter entero —, pero sí una perfecta comprensión, un afecto cordial.

Con atención difícil de explicarse en un hombre como él dedicado de lleno al estudio e investigación exigente «pierde tiempo» inapreciable en corresponder a cuanto le indica el demandante, aunque semejen nimiedades. Y hasta se ofrece a trasladar «expresiones a otros alejados». La carta relativa al monasterio, de la que hemos hecho mención arriba, acaba con estas tan propias palabras que le caracterizan de piadoso y atento: «Yo no ceso de suplicar cada día a Nuestro Señor le guarde muchos años... Su

⁶¹ Puede verse el extracto de estas cartas en el tomo IV de *Memorias del Monasterio*, a partir de la página 153.

más apasionado . . . »⁵². El afecto de sus palabras lo revela Campíns en carta de 7 de febrero de 1764: «Mi venerado dueño y señor: Inexplicable es el gozo y ternura que me ha causado la apreciada de su Reverendísima. Faltan voces para explicar a Vuestra Reverendísima cuán consolado me dejan sus noticias . . . en especial la santa unión y virtud de los señores canónigos . . . »⁵³. Caresmar irradia paz, caridad y atenciones que cautivan.

En otra carta con fecha de 19 de julio de 1764 llegaba Caresmar a asegurarle la tentación que tuvo al saberle en Madrid de emprender el viaje por sólo conocerle y abrazarle, y que sólo le contuvo la noticia de que él mismo trazaba su visita a Bellpuig. «Eso me ha llenado de consuelo», agrega. Le promete enviarle dos ejemplares manuscritos de la *Historia del Monasterio*⁵⁴. A renglón seguido le asegura que hará cuanto esté de su parte por lograrle la «Canta de Hermandad», por la que participan los agraciados de todos los bienes espirituales del convento; atención que jamás había soñado el bueno del señor Campíns y que le llenará de alegría y gratitud — muy justificada, por cierto — hacia el Padre Caresmar.

Cuando más tarde el P. Caresmar hállase en San Hilario tomando las aguas que mejoren sus quebrantadas fuerzas y halle persona que conoce al Sr. Campíns, le preguntará hasta el detalle por él y su familia; cogerá la pluma gozoso participándole tales conocimientos, rogándole por su visita y su presencia, y a modo de familiar reproche escribirá que, «aunque usted me dice que no pierde las esperanzas de vernos, sin embargo, quedan muy aguardadas las nuestras». Poco después una larga enfermedad impidió al amigo sus proyectos reales de visitar a Bellpuig y se lo dice con toda franqueza y en confianza a Caresmar.

c) Con el P. Illana. Toquemos aunque sólo sea de refilón la correspondencia con el P. Illana. Era éste un premonstratense de la Congregación de Castilla, versado especialmente en historia y que llevaba— a este tiempo — la composición de varios libros.

⁵² *Memorias*, t. IV, p. 164.

⁵³ *Memorias*, t. IV, p. 170 r.

⁵⁴ *Memorias*, t. IV, p. 173.

Ésta su dedicación púsole en oportunidad de comunicarse con Caresmar, singularmente cuando solicitó su ayuda y le pidió algunas noticias sobre Bellpuig. Escribía la historia de las casas premonstratenses en España. Poseemos pocas cartas a este respecto, pero bien merecen ser recordadas. La amistad que surgió fue grande y sincera. El ya nombrado Sr. Campíns sirvió de nexo inicial y luego único al tornarse tan difíciles las comunicaciones postales luego de ser nombrado el P. Illana obispo de Tucumán, en Argentina. Cuando el ministro le avisó de la salida del barco — solía haber dos al año — debió partir de casa precipitadamente hacia Cádiz, de donde zarparía sin fecha fija.

El 27 de octubre de 1763 escribía al P. Caresmar desde Puerto Real (Cádiz). Le comunica no haber embarcado aún y que sufre «por causa de los ministros» que le hicieron llegar allí inútilmente. «Y ahora — prosigue —, no soy ni obispo ni religioso, teniendo que gastar lo que bien podía excusarme», además del tiempo que pierde, y sin poder acabar el libro que llevaba entre manos... Luego da noticias de amistad y confianza, y le habla del Sr. Campíns, a quien presenta como excelente cristiano; y termina felicitándole por el triunfo obtenido sobre los que querían arrebatar la posesión de la fuente del monasterio, ganándoles el pleito y ruégale le encomiende al Señor «para que nos deje ver en el puerto de la gloria».

El intermediario en esta difícil correspondencia hemos señalado ya que es el Sr. Campíns. A él se dirigen las cartas de ambos amigos y él se encarga de remitirlas a destino. Camino largo en estos tiempos, y además, con correos difíciles, especialmente si van o vienen de América. El efecto que producen estas preocupaciones en el Sr. Campíns es adherirle plenamente a Bellpuig. Cuando ya partió el Sr. Illana se interrumpe la comunicación, pero sólo hasta que llega a Buenos Aires, desde donde se apresura a contar su viaje. La carta lleva fecha de 1 de agosto de 1764; han transcurrido casi nueve meses desde la anterior y da noticias geográficas sobre su diócesis. La contestación de Caresmar no la sabemos. Sin embargo, podemos rastrear su tono de amistad con quien le titula «Reverendísimo Padre, Doctor y hermano». Por

caer fuera de nuestro plan no traemos algunas noticias curiosas que figuran en las cartas del Ilmo. Illana, ya respecto a los viajes, ya a las poblaciones y tierras que ha recorrido, ya a su diócesis extensísima y especial ⁵⁵.

d) Otros tipos de cartas podríamos traer, además, no muchos, porque las *Memorias* son deliberadamente selectivas y ambiciosas de espacio, por lo que sólo recordaremos las dirigidas por el señor obispo de Lérida agradeciendo al P. Caresmar la delicadeza del envío de una obra suya — no dice cuál —, asegurándole apreciarla en mucho; las dirigidas por él a los agentes de negocios del monasterio, especialmente al de Madrid — y son varias —... En todas se echa de ver franqueza, rectitud y comprensiva sencillez, todo muy propio de los hombres sabios y profundamente humanos ⁵⁶.

e) Con el P. abad. Es el aspecto más cordial e íntimo, y, por tanto, más difícil de comprender y más significativo del hombre. Lo íntimo importa los valores más categóricos de la persona humana, representa el hombre esencial, lo diferencial, lo característico. En ese fondo se halla todo el ser del hombre. Tal como sea, tal valdrá. Si en ese plano sus afanes no son nada vulgares, así deberá apreciarse el valor de la persona.

No dudamos que Caresmar entra de lleno en el encasillado de los hombres-hombre total, de los ni vulgares ni corrientes. Caresmar fue un espíritu superior; portaba un alma aquilatada, ansiosa de excelsitudes; podrá sentir la señoría de su espíritu y lo que en otros parecería orgullo insoportable cabría explicarlo en él propio de un tono de ser elevado, bien poco propenso a una obediencia difícil. No temamos nada; lejos de eso, lejos de encasillarse en un egoísmo suspicaz ante el superior, muy lejos de adorar a un yo pleno de autosuficiencia disimulada que a todo teme si no sobresale de entre cuantos le rodean, o que no comparten su pensamiento, que se aira ante mil cosillas que ocurren, pequeñas y triviales, y que amargan en el devenir común, Caresmar es piadoso y perdonador con todos; es, sencillamente, el más fiel

⁵⁵ *Memorias*, t. IV, pp. 185 ss.

⁵⁶ *Memorias*, t. IV, pp. 182 ss.

súbdito en la obediencia con cualquiera de los superiores que le sucedan, aunque sean sus discípulos y él los aventaje en edad, talento, vida religiosa. Obedece, se ofrece para todo y siempre, y eso con una sujeción humilde, amplia, generosa y de afecto, que no cabe sino en moldes sobrenaturales. Repasaremos algunas de sus cartas dirigidas a diferentes abades. Repetimos que casi la totalidad han sido no sólo sus súbditos, sino también sus discípulos. Veamos:

El 28 de septiembre de 1760 escribía al abad Trueta desde Barcelona: «Considero ya a vuestra señoría en posesión de la abadía de ese real monasterio y, en consecuencia, de mi voluntad; y con obras experimentará la continuada sustancia y fineza del más apasionado súbdito que vuestra señoría pueda desear». Y prosigue que más que tenerle por superior y obedecerle reconocerá y agradecerá su corrección. «En lo que se servirá advertirme lo defectuoso (que yo tuviere) le quedará agradecido y reconocido; en explicar mi dictamen, abierto...; firme en lo que sea conveniente y justo y que V. S. pueda desear de un súbdito, pues no es buen súbdito el adulador o el que se mueve a impulsos de su conveniencia o de las pasiones que lo dominan»⁵⁷.

Son todas estas aseveraciones un verdadero retrato moral o etopéyico de Caresmar. Esto fue él, como súbdito el más obediente, leal y recto que pudiera sospecharse; el más abierto, fiel, ofrecido y deseable. Las palabras que preceden le reflejan lealmente en su ser y su temperamento, un punto que le muestra tal cual fue. Y luego prosigue observándose y describiéndose sin buscarlo: «V. S. comprende bien que soy ingenuo y sincero y entero, y puede estar cierto que si V. S. desearía más su buen crédito y acierto en todas las cosas más que yo; y así bien puede usar de mi inutilidad, y advertirme y regañarme siempre que le parezca conveniente, que lo que deseo para V. S. es que acierte en todo como deseo para mí».

Y termina con las mismas expresiones de adhesión y deferencia: «Doy a V. S. los más expresivos parabienes por su ingreso en el gobierno, como que nacen de lo más íntimo de mi corazón

⁵⁷ *Memorias*, t. IV, p. 146.

y de mi plena voluntad, y no cesaré de tenerlo presente en mis sacrificios y demás oraciones, para que Dios Nuestro Señor le bendiga con sus bendiciones»⁵⁸.

Hemos sido largos en la cita con toda intención. Queremos más que se aprecie claramente todo el pensamiento caresmariano que no nuestro comentario. Siempre la realidad atrae soberanamente. Después de leer lo que antecede, únicamente señalaré que el que lo escribe es un hombre hecho y derecho por los años, por la madurez de juicio y más por su ciencia y su virtud. Sabe, pues, como pocos lo que escribe, lo que pueden significar sus expresiones. Con dificultad hallaríamos más sencillez, obediencia y valentía, porque la sujeción consciente significa un valor, del que no todos son capaces.

Otra carta hallamos dirigida al Sr. abad. Ésta sale de San Hilario, y corresponde al 23 de agosto de 1764. Alude a otra que le dirigió participándole su llegada a los baños, y que por no haber recibido contestación le tiene con algo de cuidado. Seguidamente le comunica el estado de salud en que se halla con una sencillez tan de niño que encanta, dando detalles de franqueza muy humilde; con la misma que dice continuar allí sólo por seguir el dictamen de los médicos, aunque no podrá proseguir los tres meses que le recetan por falta de dineros. Comunica a renglón seguido sus propósitos de ir luego a San Cugat, pasar por Gerona — «a sólo cuatro o cinco horas — con el fin de orientarse en los ejercicios literarios»⁵⁹.

Conservamos copia de otra carta que escribe Caresmar desde su rincón de trabajo de Gerri de la Sal, donde se halla ordenando el archivo. Lleva fecha de 11 de diciembre de 1764, y dice se halla delicado de salud desde hace algún tiempo especialmente. Escribe con encantadora sencillez: «Recibo la de V. S. que la esperaba con ansias por saber de su salud y la de los demás». Cuenta luego sus trabajos en el archivo y, entre noticia y noticia, proporciona otro rasgo etopéyico estupendo: «Continúo — dice — en reducir a compendio pergaminos; ya están listos 170, y más de 30 copiados

⁵⁸ *Memorias*, t. IV, p. 146.

⁵⁹ *Memorias*, t. IV, p. 179.

a la letra en que lleva la pluma Llovet, que es velocísimo. Llevo prisa por volver a casa el día de Navidad, y si no fuese *por mi calor natural* (el subrayarlo es nuestro) habría para muchos meses... Estoy con la libertad misma que en casa y sin cumplimientos, sólo me molesta lo del señor abad porque trabajo demasiado... »⁶⁰. Y se preocupa del bienestar de sus allegados. Amor y respeto a la autoridad, cariño paterno nacido del espíritu de familia con las personas puestas por Dios para convivir bajo un mismo techo y con unas mismas ilusiones e idénticos problemas. Esto es, sin duda, después de las cosas santas lo más noble sobre la tierra. Los corazones humanos se agrandan saliendo de sí y participando y haciendo participantes a los humanos de cuanto son y cuanto tienen. Esto es la verdadera caridad y la verdadera dicha en esta tierra.

La obra de Caresmar. — El P. Caresmar era un hombre fogoso. Para él no se había hecho el descanso; gustó no del trabajo pasatiempo, sino del trabajo como puro trabajo; del trabajo agobiante y agotador. Él habla de lo propio de su temperamento, de su calor natural, un ardor constante y exigente. Ve que otros tardarían más en hacer las mismas cosas. Él no está hecho para ir buenamente haciendo, le gusta lo que llamaríamos «devorar» más y más manuscritos.

Y es precisamente lo que se le ha echado en cara: su desmesurada prisa, su ilusión por dejar terminado cuanto antes lo que le debiera haber empleado indispensablemente mayor tiempo. Lo que de soslayo quiere decir que no profundizó en la obra que quiso hacer.

Para juzgarle desapasionadamente debemos colocarnos en su centuria y no juzgarle por cánones hoy vigentes. La obra de Caresmar vista de ese modo no desmerece de las mejores. Hay fidelidad, claridad de concepto, concisión y amor a la verdad histórica. Casi ni se debe ni se puede pedirle más. Pero lo que debe tenerse en cuenta es que gran parte de su trabajo no lo dejó concluido; eran anotaciones para una labor posterior de

⁶⁰ *Memorias*, t. IV, p. 176.

redacción serena y bien pensada. Hallamos notable diferencia entre lo poco que dio a la imprenta y lo mucho que dejó como en esbozo.

Caresmar escribió mucho. No traeremos aquí la lista de sus obras por ser muy extensa y haber sido ya publicada, principalmente por Ramón Alós («Contribució a la bibliografia del P. Caresmar»: *Butlletí de la B. de Catalunya*, any 1917), por Martorell y Trabal («Manuscrits dels PP. Caresmar, Pasqual y Martí»: E. U. C., any 1925, págs. 178 y ss.) y Torres Amat (en su «Diccionario de escritores catalanes»).

Ya el P. Pascual en su obra inédita *Sacrae Antiquitatis Cathaloniae Monumenta* trae el Catálogo, completado luego por el Padre José Martí. Ellos lo pudieron hacer bien, pues que cuanto el P. Caresmar dejó en Barcelona hemos visto que se encargara de llevarlo a Bellpuig. El manuscrito que escribió el P. Martí sobre este Catálogo se halla hoy en la Biblioteca Central de Barcelona (M. 753), y al final se escribe en él que está sacado del índice hecho por D. José Martí, y que las obras las conservaban con mucho aprecio en el monasterio de Bellpuig de las Avellanas y que dicho prior prestó dicho índice para que yo me hiciese una copia. «Yo, fray Manuel Blasco, la concluí el 15 de noviembre de 1792, y dicho Blasco me ha puesto a mí, D. Francisco de Siscar y Rocabrúna para que me hiciese una copia, y la acabé el 28 de abril de 1893»⁶¹, aunque difícilmente pueden aceptarse los hechos en las fechas consignadas.

El P. Pascual⁶² trae el Catálogo de sus obras manuscritas e impresas (del P. Caresmar) ordenado por el Sr. D. José Vega, regidor perpetuo de Barcelona, de la Academia de Buenas Letras», etcétera, Así como el índice de los papeles manuscritos en los diferentes volúmenes del difunto Dr. D. Jaime Caresmar (hasta página 577).

El P. Villanueva tiene por cualidad preeminente en el trabajo de Caresmar la agudeza de crítica, un juicio exacto de las cosas y una seria precaución en los puntos dudosos, sin abandonarse

⁶¹ Cf. «Butll. Bibl. de Catalunya», 5 (1920) 53.

⁶² PASCUAL, S. A. C. M., t. XI, pp. 529-532.

nunca a la fácil conjetura y aun a veces a la fantasía, tentación terrible para los anticuarios ⁶³.

Sobre Bellpuig.— A un punto especial nos vamos a referir ahora: la historia del monasterio de Bellpuig de las Avellanas. En la lista que trae Ramón de Alós de las obras de Caresmar nos dice lo siguiente: «... tomo XVIII, 1.º Historia del Real Monasterio de Bellpuig de las Avellanas, ordenada y completada por el difunto Caresmar en latín, en seis cuadernos abultados, de folio y letra muy menuda, llega hasta 1440». A decir claro no vemos a qué obra directamente puede referirse. Hemos hallado dos obras caresmarias referentes al monasterio y ninguna parece adaptarse plenamente a los datos que arriba se señalan. Digamos los caracteres y las diferencias de los hallazgos. Así son los textos:

a) Este primero lleva por título *Anales del Real Monasterio de Bellpuig de las Avellanas, de la Orden de Canónigos regulares Premonstratenses, en el Principado de Cataluña. Su propagación en abadías y prioratos dependientes, y sus donaciones, dotaciones, privilegios pontificios y reales, jurisdiccionales, descaecimientos y persecuciones que ha padecido, sus abades y varones insignes que en virtud y letras y dignidades ha producido. Principales y poderosos señores que lo han honrado y favorecido hasta los tiempos presentes desde su fundación, que hicieron los serenísimos Condes de Urgel.*

Como nos dice el título, se halla escrito en castellano, es de muy difícil lectura, lleno de raspones y con bastantes hojas en medio estropeadas, añadiendo de vez en cuando algún borrón de notable tamaño. Con frecuencia ha aprovechado el mismo margen que se impuso, o absolutamente todo el espacio de la hoja con verdadera avaricia. Y sólo llega hasta 1328, si bien no termina el texto y queda pendiente la frase. Se halla encuadernado (?) finalmente en piel o becerro. Es del tamaño de folio. La mayor parte de la escritura es de mano de Caresmar, pero se dan también otras dos por breve espacio. El libro hoy pertenece a los Hermanos Maristas, dueños del cenobio.

⁶³ VILLANUEVA, J., *Viage literario*, t. XII, pp. 89-90.

b) El segundo texto de la Historia de Bellpuig caresmariana responde al título: *De rebus ecclesiae Sanctae Mariae Bellipodiensis Avellanarum in Cathalonia, Ordinis Canonorum Regularium Sancti Agustini Premonstratensium*. Es un grueso tomo en 4.º, escrito con letra clara, amplia, sin apenas nota alguna — contrastando con el anterior lleno de notas marginales — y guardando ordinariamente margen doble o a ambos lados de lo escrito. Visiblemente es una copia; de ningún modo original. Actualmente es propiedad del párroco de Vilanova de la Sal, vecino al monasterio.

Aún hallamos más diferencias: en el texto *a* el plan parece ser algo como una historia anotada de España y aun con noticias universales; con más detalle del Condado de Urgel; y entrelazada, la Historia del Monasterio. Y lleva por fecha de comienzo el año 1751, y se adivina a poco que se percate un espíritu joven, algo soñador de grandezas junto a la sequedad de unos datos minuciosos y repetidos. Ama apasionadamente al monasterio y sus bienhechores. Tiene 372 páginas tamaño folio. El texto *b* es la historia de solo el monasterio con las notas y digresiones convenientes a aclararla y situarla en la Historia; no abusa de ellas.

Si los «Anales» se hallan cerca de un «borrador», «De Rebus» lo están de una obra estudiada y redactada. En ambos se perfila el investigador; quien ha buscado en los archivos y aporta datos de primera mano, antes desconocidos, como por ejemplo, lo relativo a la fundación y al fundador con Ramón Berenguer IV en la toma de Tortosa y Lérida, y su repartimiento. Tiene 735 páginas, en 4.º, como hemos dicho.

Consta que Caresmar escribía esta Historia en 1773, según se afirma en la reseña de la sesión de 1.º de diciembre de este año tenida en la Academia de Bellas Letras de Barcelona⁶⁴.

Respecto al monasterio, pero no directamente fijado en su historia, escribió Caresmar en varias circunstancias y aspectos: coopera mucho al cambio de hábito común y de coro en los *Premonstratenses* de Castilla y luego en Bellpuig con una carta larguí-

⁶⁴ Cf. «Bol. Acad. B. Letras» 9 (1917-20) 105.

sima en la que detalla el modo de vivir y las insignias abaciales, no menos que algunos puntos de constitución⁶⁵.

En este mismo lugar se citan otros estudios del mismo autor sobre el monasterio: Venta que le hace Alfonso (II), del castillo y villa de Santa Liña y término de Privá (hoy Vilanova de la Sal); otro estudio probando que el abad de Bellpuig tiene preferencias sobre los abades cistercienses de Cataluña; otro sobre el proceso que en 1529 llevó el monasterio sobre Santa Liña y Privá; otro sobre lo sucedido a los Premonstratenses con Felipe II en tiempo de san Pío V y la reforma introducida, seguramente inspirado en el P. Noriega; otro sobre la donación que el obispo de Urgel hace en el término de Campvín.

Villanueva⁶⁶ visitaba el monasterio en los primeros años del siglo XIX. Se siente con respeto en él por honor a Caresmar. Nos habla de las obras de Caresmar recogidas en 18 volúmenes tamaño folio, en los que se contienen sus trabajos ya terminados, ya poco más que comenzados. El lugar o celda donde trabajó el gran sabio es respetado y como admirado por todos, y el mismo Villanueva parece participar de esa veneración que afecta a todos.

Manuscritos del Padre Jaime Caresmar

Se hallan actualmente en el monasterio de Santa María de Bellpuig de las Avellanas, hoy Noviciado de los Hermanos Maristas. No es fácil saber su historia hasta el día de hoy, pero están bastante deteriorados por haber permanecido bajo tierra bastante tiempo.

Índice del volumen A

Fols. 43-50 (vol. 4, n.º 10): «Nota de algunos pergaminos auténticos que se encuentran en el archivo público del Imperial Monasterio de San Cugat del Vallés guardados en el armario de los privilegios y copiados en el cartoral de dicho Monasterio».

Contiene noticia de 109 documentos.

Fols. 127-128: «Serie de los Santos que se han de colocar en las sillas altas». Lista de santos catalanes que han de figurar en las sillas de un coro.

Fol. 131-145 (vol. 1, n.º 3): «Extracto del martirologio de Tarragona».

⁶⁵ Cf. «Butl. Bibl. de Cat.», 5 (1920) 79.

⁶⁶ VILLANUEVA, *Viage*, t. XII, pp. 86-89.

Calendario, noticias litúrgicas y algunas lecciones íntegras sacadas del breviario del arzobispo Gundisalvo de Heredia, editado por Juan Rosenbach el año 1499.

Fols. 159-168: «Calendarium et e regione Necrologium, seu Obituarium, Ms. in pergameno recondito in Archivo Monasterii Balneolarum».

Fols. 169-176 (vol. 4, n.º 7): Varios documentos de San Cugat del Vallés transcritos íntegramente.

Fols. 177-178: «Designación y donación del término de Campvim en el año 34 del rey Felipe, y de Cristo 1093».

Transcripción íntegra de la donación del castillo de Campvim, hecha por Guillen, obispo de Urgel, a Guillem y Gombaldo Bernat.

Fol. 179 (vol. 4, n.º 10): «Necrologio y calendario del Monasterio de San Cugat».

Únicamente contienen el óbito de 10 abades.

Fols. 181-192: «Necrologio de Santa Cecilia de Montserrat».

Fols. 195-197 (vol. 10, n.º 4): «Catálogo de los Ilmos. Señores obispos de Solsona de los que se desean saber las noticias que pueden hallarse sobre su vida, estado, patria, profesión, etc.».

Lista de los 17 primeros obispos. Termina el año 1746.

Fols. 199-202: «Catálogo de los obispos de Urgel sacado del N.º 19, V. 3».

Es un fragmento. Comienza en el año 1024 y acaba en el año 1516.

Fol. 202: «Noticias breves sobre los primeros obispos de Urgel».

Fols. 203-211 (vol. 18): «Precedencia de los Señores abades temporales».

Fols. 219-241 (vol. 4, n.º 6): «Sobre guerras en Sicilia». «Martín IV desposee a Pedro el Grande de los estados de la corona de Aragón por haber conquistado a Sicilia, 1283».

Es una copia hecha de un pergamino del siglo XIII del archivo del abad Cardona por el canónigo de Bellpuig Jaime Pascual, el año 1786.

Fols. 243-271: «Episcopologio de Barcelona».

Desde San Severo (año 303) hasta Frodoíno (año 878).

Fols. 273-306 (vol. 3, n.º 9): «Origen, progresos y estado de la causa pía de la limosna de la Santa Iglesia de Barcelona, llamada vulgarmente Pía Almoyna».

Letra del mismo Caresmar. Queda truncado en el folio 306. Está ya citado por Torres Amat (*Diccionario de escritores catalanes*).

Fols. 321-354 (vol. 11, n.º 4): «Disertación Apologética acerca del uso continuo de la cruz pectoral de los Prelados inferiores que gozan del ejercicio de Pontificales, y de las diferentes facultades que les competen en virtud de sus privilegios o antigua costumbre y posesión en que están».

Firmada por el propio Caresmar en Bellpuig el día 18 de octubre de 1757. Existe otro ejemplar del 17 de septiembre de 1757 en la Academia de la Historia (Alós: B. B. C., n.º 4), citado por Torres Amat, o. c.

Fols 357-366 (vol. 3, n.º 14): «Razón del especial patronato del glorioso mártir San Jorge en los Reynos de la Corona de Aragón». Citado por Torres Amat, o. c.

Fols. 385-585 (vol. 4, n.º 2): «Apología de la verdadera patria de Santa Isabel de Portugal, por el Rdo. Padre Manuel Mariano Ribera, de la Merced».

Volumen B: Monasteriología (sólo son notas referentes a estos monasterios).

Fol. 1 (vol. 10, n.º 1): San Miguel de Cuixá. — fol. 17: San Benito de Bages. — fol. 33: Santa María de Cornellá del Conflent. — fol. 36: San Victoriano. — fol. 49: Santa María de Alaó. — fol. 57: Santa María de Ovarra. — fol. 59: San Pedro de Besalú. — fol. 91: San Pablo del Campo. — fol. 111: San Quirico de Colera. — fol. 121: Vallclara. — fol. 123: San Marcial de Montseny. — fol. 125: Vallsanta. — fol. 127: Mercadal. — fol. 131: Guisona. — fol. 134: Santa María de Vallclara. — fol. 135: Santa María del Campo. — fol. 137: Gualter. — fol. 140: Santa María de Lluçá. — fol. 141: San Lorenzo de Bagá. — fol. 145: Santa María de Serrateix. — fol. 151: San Pedro de Pedra. — fol. 153: Valldaura y Santes Creus. — fol. 167: Santa María de Oms. — fol. 168: Santa María de Vilabertrán. — fol. 179: San Martín Sacosta. — fol. 181: Santa María de Amer. — fol. 205: San Pedro de Cervera. — fol. 210: Priorato de Santa María de Manyeres. — fol. 213: Priorato de Cerviá. — fol. 217: San Genís de Bellera. — fol. 221: Santa María de Rosas. — fol. 225: San Vicente de Gerri. — fol. 229: Santa María de Caselles. — fol. 230: San Emeterio y San Genís. — fol. 232: San Vicente de Oveix. — fol. 233: San Esteban. — fol. 234: San Jaime de Calaf.

Vol. 10, n.º 2.

Fol. 240: San Pedro de Galligans. — fol. 252: San Salvador de Breda. — fol. 279: San Lorenzo del Mont, sobre Tarrasa. — fol. 305: Priorato de San Lorenzo del Mont, en Vich. — fol. 309: Santo Tomás de Fluviá. — fol. 311: San Miguel de Cruilles. — fol. 313: Cerviá. — fol. 319: Ridaura, Santa María. — fol. 340: San Genís les Fonts. — folio 348: San Vicente de Gerri. — fol. 353: San Jaime de Fontanyá. — fol. 354: Santa Clara de Barcelona. — fol. 355: San Pedro del Burgal. — fol. 356: San Pedro de les Maleses. — fol. 359: San Fructuoso de Perves (Albaria). — fol. 360: San Pedro de Roda. — fol. 370: San Pablo de Subirats. — fol. 372: San Esteban de Banyoles. — fol. 386: Vall de María, Monjes Cistercienses. — fol. 389: Priorato de Santa María de Caserres. — fol. 390: San Juan de las Abadesas. — fol. 422: «Consulta sobre si son válidas y legítimas las exempciones que gozan los RR. PP. Ex-Vicarios Generales de Nuestra Congregación Cisterciense...». — fol. 442: Santa María de Poblet.

Vol. 10, n.º 3.

Fol. 468: San Jerónimo de la Murtra.

Vol. 10, n.º 4.

Fol. 500: Alguayre. — fol. 504: Santo Sepulcro de Palera. — fol. 506: Los Franqueses. — fol. 508: San Hilario de Lérida, Monjes Cistercienses.

Volumen C

Fols. 3-4: Ordenaciones de un obispo de Urgel para la clerecía de Balaguer.

Fols. 5-6 (vol. 3, n.º 5): Noticias historiográficas de poca importancia extractadas de diferentes libros.

Fols. 12-13: 3 documentos referentes a los baños nuevos de Barcelona, conservados en el Archivo General del Real Patrimonio.

Fols. 15-18: Carta de «José Antonio . . . » a Miguel Cayetano Soler. 1803.

Fols. 19-22: Carta anónima. Hace referencia a los baños de Tortosa y al viage del P. Villanueva.

Fols. 29-33: Pleito entre el obispo de Barcelona y la Congregación Benedictina Tarraconense sobre el uso por parte de los abades de las insignias pontificales. Madrid, 1804.

Fols. 35-194: «Índice, o extractos de las escrituras que contenía el Armario de negocios entre Reyes bajo el Núm. 20 del Real Archivo de la Real Corona de Aragón».

Resumen de los 452 documentos contenidos en los sacos A, B, C; extrasaco, de M, N, S, P, T, R, O, V, X. Pertenecen a los siglos XII-XV.

Fols. 201-285: «Índice en extracto de las escrituras que contenía el armario de dotes Reales bajo el Núm. 15».

Resumen de los 275 documentos guardados en los sacos A, B, C, M, D, T, E, F, N, O, y extrasaco.

Fols. 301-346: Resumen de los documentos guardados en los sacos G, núms. 258-294, y F, núms. 295-410, del Archivo de la Corona de Aragón. No indica a qué armario pertenecía.

Fols. 351-352: Lista de los monasterios exentos y de los sujetos al obispo, situados en el obispado de Vich.

Fol. 539: Vallonzella. — fol. 534: Espíritu Santo, de Lérida. — folio 535: Santa María de Montserrat. — fol. 547: San Pedro de Ager. — fol. 576: Episcopologio de Empurias. — fol. 577: Obispos de Pallars. — fol. 578: Obispos de Egara. Noticias de Tarrasa. — fol. 578: Episcopologio de Roda. — fol. 586: Obispado de Besalú. — fol. 589: Concilio de Elvira. — fol. 590: Concilios Catalanes. — fol. 714: La Inquisición en Cataluña. — fol. 722: Monasterio de Tragó de Vallverde. — fol. 724: San Pedro de Pons. — fol. 726: Bonrepós. — fol. 736: Santa María de Vallbona. — fol. 747: Santa Cecilia de Castellbó. — fol. 750: Santa Cecelia

de Montserrat. — fol. 752: Monasterio del Pedregal. — fol. 755: Monasterio de Santa Grata en Senterada.

Vol. 10, n.º 5.

Fol. 758: Monasterios e Iglesias de Barcelona.

Volumen D

Fols. 1-19 (vol. 4, n.º 1): «Aranceles de los manuscritos del monasterio de Ripoll» Fols. 21-24 (vol. 11, n.º ?): «Jacobi Caresmar transcriptoris ad Ilmo. Dnm. Petrum de Campomanes admonitio». Lo cita Torres Amat, *Diccionario E. C.*, al señalar una disertación sobre el antiguo código de Concilios existente en el monasterio de Ripoll.

Fols. 51-84: «Vetusti Codices Ms. qui in segregatis Sanctae Ecclesiae Barcinonensis hodiernum asservantur, digesti ac recensiti a Jacobo Caresmar, Sac. Theologiae doctore, canonico Premsi, S. Mariae Bellipodii Avellanarum. Anno MDCCLXX». Hay otro ejemplar en el archivo catedralicio de Barcelona.

Volumen E

Fols. 2-25 (vol. 2, n.º 17): «Aparato y promptuario de la historia universal eclesiástico-civil diplomática de España».

Fols. 26-33 (vol. 21, n.º 21): Algunas noticias de Cataluña correspondientes a 1465-1476. Es un fragmento.

Fols. 33-83 y 106-110 (vol. 13, n.º 11): «Hist. Eccles. sive Cronichon ab anno 66 ad an. 232».

Fols. 84-105: «Historia General a partir de 1292». Refiérese especialmente a la Corona de Aragón.

Fols. 133-144 (vol. 16, n.º 1): «De iure Primatus urbis Tarraconae».

Fols. 151-164: «Tarragona. Concilia Tarraconensia».

Fols. 165-184: Versión de los 8 primeros capítulos del Génesis.

Fols. 239-246: «Cuaderno suelto». Sin título, «Sobre lo que es pecado».

Fols. 255-257: «Cataluña». Algo sobre su nombre.

Fols. 259-263: «Hogares de Cataluña según las Cortes de Cervera de 1359».

Fols. 263-269 y 271-276: «Del Gobierno Civil de Barcelona». I: en los Romanos; II: a partir de 1693.

Fols. 279-281 (vol. 19, n.º 5): «Juicio del Privilegio de hombres de Parage».

Fols. 283-293 (vol. 1, n.º ?): «Expediente hecho al Rey en la confiscación de bienes de ciertas comunidades y particulares al entrar las armas de Felipe V en Barcelona».

Fols. 311-320: «Sobre el tratado de las antigüedades de Ampurias, de José Maranyer».

Fols. 334-338: «Humilde representación que hace a V. M. el motín

Madridense descubriéndose el motivo que obligó a sus fieles corazones...».

Fols. 339-346 (vol. 3, n.º 1): «Historia de Balaguer».

Fols. 347-351: Sobre el Santo Cristo de Balaguer.

Fols. 351-363: Extracto de noticias sobre Urgel.

Fols. 363-367 (vol. 3, n.º 19): «Censura de la disertación hecha sobre la fundación del monasterio de Bañolas».

Fols. 367-371 (vol. 2, n.º 4): «Gratulatoria de la Academia por el Mo. Dalmao, servita».

Fols. 371-375 (vol. 3, n.º 11): «Quién fue el primero que enmendó el cómputo de años por el curso del sol».

Fols. 375-391 (vol. 2, n.º 3): «Sobre el cómputo de la Hégira».

Fols. 391-397 (vol. 2): «Super verba Isaiae cap. 53, v. 8».

Fols. 397-405 (vol. 2, n.º 11): «Leído por el Mo. Mercader» (Sobre iniciales, capitales... de las bulas pontificias).

Fols. 405-409 (vol. 2, n.º 22): «Materia en que se escribía».

Fols. 425-428 (vol. 3, n.º 17): «Reflexiones históricas sobre los anti-guos y primeros caracteres».

Fols. 433-441 (vol. 2, n.º 10): «De las iniciales de las Bulas pontificias».

Fols. 441-450 (vol. 11, n.º 6): «Juicio sobre la autenticidad de los car-torales».

Fols. 461-465 (vol. 3, n.º 12): Reglas de Muratori para conocer la falsedad de los diplomas y «chartas antiguas».

Fols. 465-505 (vol. 3, n.º 3): «Reglas con que se pueden conocer y distinguir los diplomas y instrumentos antiguos, por José Viñals de la Torre».

Fols. 507-525 (vol. 3, n.º 18): «De la autenticidad de las escrituras de los archivos, en especial los eclesiásticos».

Fols. 525-533: «De la calidad del papel en los reinados desde Jaime I hasta Felipe II».

Fols. 533-575: «Para el Sr. Marqués de Llió, sobre Ciencia histórica, literaria histórica universal».

Fols. 573-584 (vol. 3, n.º 4): «Para los consortes D. Jaime y Dña. Es-tefanía de Gomar y de Queraltó en la causa que siguen contra Dña. El-vira de Queraltó, de Lérida».

Fols. 585-595 (vol. 3, n.º 7): Certificado de rodalía de los emprivos de Ciurana.

Fols. 597-599: Ciurana.

Fols. 601-608 (vol. 3, n.º 10): Respuesta a una consulta sobre un juicio.

Fols. 609-665 (vol. 11, n.º 8): «Monedas antiguas».

III. JAIME PASCUAL

La tercera gran figura de Bellpuig es el P. Pascual. Éste nace a la ciencia plenamente bajo la égida del P. Caresmar, de quien será grato y sabio colaborador en las lides históricas, no menos que dilecto amigo y leal discípulo. Su amistad seguirá harto más allá de la muerte, teniendo un grato, afectuoso y grande recuerdo en la lápida que le dedicó y el epitafio a él dedicado.

Primeros datos. — Nació el P. Jaime Pascual en Esparraguera, no lejos de Barcelona — hoy en la provincia de este nombre — el 23 de junio de 1736. Fueron sus progenitores D. Jaime Pascual y Doña Rosa Coromines, personas muy honradas y de mucho arraigo en la villa. Aprendió las primeras letras en el pueblo natal, pasando luego al colegio que los Padres Escolapios regentaban en Moyá, en donde cursó Gramática y Retórica, prosiguiendo los estudios en la Universidad de Cervera, en la que se graduó de Doctor de Derecho Civil o Leyes en 1758.

Parece que aun antes de terminar la carrera acariciaba el propósito de solicitar su admisión en el monasterio Premonstratense de Santa María de Bellpuig de las Avellanas — a unos 15 kilómetros en la carretera de Balaguer a Ager y Tremp, contando desde la primera —, pero que aguardó a verse ya libre de los estudios necesarios a la consecución del título oficial universitario. Ingresó en dicho cenobio el 13 de septiembre de 1759, fecha de vestición del hábito blanco premonstratense. Se lo otorgaba el abad D. Francisco Amell, sucesor inmediato del P. Caresmar, y contaba el novicio veintitrés años de edad. Como los demás postulantes llevaría tres meses de vida dentro de los muros monásticos, por ver si le convenía tal vocación. Tras un año seguido y completo de noviciado profesó — precisamente el 14 de septiembre de 1760 — emitiendo los votos de Religión¹.

Después de esto, y sin que podamos precisar si fue en este mismo año, envióle el monasterio nuevamente a la Universidad de Cervera con objeto de que siguiera la carrera de Cánones o

¹ *Memorias del Monasterio*, t. IV, p. 145 r.

Derecho Canónico. Estuvo otros dos años en estos estudios, consiguiendo durante ellos el grado de Doctor. Perfectamente preparado, y con singular talento, queda el P. Pascual en situación magnífica para una vida de trabajo intensa; además, su innato amor al estudio y al esfuerzo cotidiano, a ejemplo del gran Caresmar, hará de él otra de las grandes lumbreras de la ciencia en Cataluña y durante esta segunda mitad del siglo XVIII.

Caresmar y Pascual. — Además del llamamiento divino a servirle en esta vocación y casa — única premonstratense en Cataluña — no podemos olvidar el aspecto humano que cabe y que hubo de moverle un poco en esta decisión. En Cervera ha visto y observado de cerca y como profesor de Prima al Dr. José Fines-tres, hermano del Premonstratense P. Daniel Antonio, quien con seguridad hablaría muchas veces del «más listo de todos los Hermanos», el llorado P. Daniel, a quien amó con verdadera ternura; y por otra parte consta haber visitado Cervera varias veces el P. Caresmar; pero aunque así no fuera, era ya tan conocida hasta en Barcelona, su ciencia, emitía tales resplandores que no podía quedar oculta en Bellpuig . . . Y abona nuestro pensamiento el hecho innegable del afecto que Caresmar tuvo para con el P. Pascual. No sólo afecto sino hasta abnegación. Buena prueba de que debió aparecer muy pronto, en la juventud.

Pascual llegaba al monasterio cuando Caresmar sentíase preparado y preparaba algún discípulo. Las cartas de Caresmar denuncian que se dio cuenta perfecta del tesoro que al monasterio le llegaba con la persona de Pascual, y, sin duda, influyó no poco para enviarle de nuevo a la Universidad, cosa no fácil para un monasterio que muy pocos años atrás apenas llevaba sino una vida lánguida y pobre en el aspecto económico, matiz no despreciable en estos menesteres, si bien no nos sería difícil suponer que el mismo P. Pascual se costeó por sí todos o casi todos sus estudios en Cervera.

El concepto que merece a Caresmar este joven estudiante vese reflejado en las palabras que escribe a un amigo: «El último que ha entrado es un hijo de la casa Pascual de Esparraguera, la más rica de la villa; ya estaba graduado en Leyes, y era opositor a

cátedras en la Universidad de Cervera, y es mozo de grandes esperanzas»². Esto escribe con fiadamente y en reserva; éste, es, pues, su pensamiento respecto al joven postulante Pascual cuando se llegaba a aumentar el número selecto de los moradores de Bellpuig.

Cartas del P. Pascual.—El P. Pascual en Bellpuig trabaja, predica y sale por razón de estudios. Es un monje totalmente ejemplar. Miraremos algunas facetas que nos lo vayan presentando de tal modo que poco a poco podamos irlo conociendo tal como fue según los datos a nuestro alcance. Lo que nos queda de él respecto al género epistolar es poco. Sus contemporáneos apreciaron su valor sólo en una parte, no le supieron divisar en la categoría que se merece; parangonado con el P. Caresmar queda bastante en la sombra.

Son escasas las cartas que quedan copiadas o resumidas en las *Memorias del Monasterio*, ya escritas por él, ya a él dirigidas; y únicamente corresponden al año 1770. Con todo no son de despreciar, pues que nos muestran una faceta significativa. La primera carta corresponde a D.^a Teresa de Riquer, abadesa del monasterio de Vallbona de las Monjas³. Se expresa que fue escrita en 1770, pero no señala ni el mes ni el día. Está dirigida al Padre abad, y solicita permiso para que el P. Pascual haga corta estancia en el monasterio y «registre el archivo y algunos de sus papeles, para utilidad del mismo». La ocasión se presenta fácil: está ya comprometido a predicar allí la octava del Corpus, y todo será que prolongue por algún tiempo su estancia. En frases siguientes se extiende en alabanzas del P. Pascual, a quien califica diciendo

² *Memorias*, t. IV, p. 165.

³ Vallbona de las Monjas: se halla situado en la provincia de Lérida y cerca de la de Tarragona, a 30 kilómetros de Cervera y 17 del pueblo de Bellpuig. Era monasterio de monjas Bernardas, y fue fundado por Ramón de Anglesola. Ramón Berenguer IV cedióle terrenos en 1157. El Concilio de Trento obligó más tarde a que los conventos de clausura no estuvieran en despoblado, y entonces este monasterio propuso ventajosas condiciones a cuantos viniesen a establecerse en sus alrededores. Por esta causa desplazóse el pueblo de Montesquiu junto al convento. Antiguamente, estos parajes recibían la denominación de «Vallis Hórrida» y luego «Vallis Bona» por el feliz cambio operado. De este último nombre se deriva fácilmente el posterior y actual. Corresponde al partido judicial de Cervera.

que «posee grandes prendas personales y es de toda confianza»⁴.

El abad de Bellpuig respondió cuando ya el P. Pascual había llenado su cometido. Con seguridad que habría una o varias cartas de por medio que hoy no se conservan, y que en una al menos mostraría su conformidad con la petición aludida. En la conservada, el P. abad lamentase de que el P. Pascual no se detuviera más en Vallbona; pero es el caso que no podía hacerlo por impedírselo el sermón que debía predicar en Seo de Urgel. Y termina así: «Yo habría celebrado que hubiera podido quedarse todo el tiempo necesario, pero se hará cargo Vtra. Sría. de que no ha sido posible hacer otra cosa»⁵. El mismo P. Pascual, por otra parte, ha referido lo bien que le han tratado las monjas; y el mismo abad ha declarado ante todo el convento lo satisfechas que quedaron del trabajo hecho y el fruto conseguido por el Padre Pascual.

Queda también una carta escrita por D. Jerónimo Net, regidor de Seo de Urgel. Sabe del «buen desempeño» del P. Pascual en el sermón de san Odón (7 de julio), y le suplica al abad, como comisionado del Ayuntamiento, tome dicho Padre a su cargo el próximo sermón. Dice haberlo consultado con el Sr. obispo, quien es del mismo parecer, y aun ha sentido gran satisfacción al conocer su modo de pensar. Prosigue que, sabiendo que el Ayuntamiento era pobre y que tal personalidad debería gastar mucho, el Sr. obispo respondió que en el Seminario tendría aposento y cama decente; termina asegurando saber que el P. Pascual aceptaría si el Sr. abad diera su licencia⁶.

El abad contesta expresando su satisfacción por el honor que le hace al monasterio de Santa María de Bellpuig el Ilustre Ayuntamiento de Seo encargándole en su catedral el sermón más importante. Lo agradece, y añade que resta poco tiempo, y más que dicho Padre tiene otro para dentro de corto espacio en Vallfona; si bien, tratándose de tal corporación, y a gusto de su Ilustrísima el Sr. obispo, lo dirá al P. Pascual y aun le instará «a satisfacer las bellas esperanzas que V. Merced y esos señores tienen concebidas en su tal cual habilidad. Pero (insinúa luego) deberán

⁴ *Memorias*, t. IV, p. 194.

⁵ *Memorias*, t. IV, p. 197.

⁶ *Cf. Memorias*, t. IV, p. 198.

hacerse cargo de que en tiempo tan restringido no se puede hacer una cosa grande». De entre los sermones preparados por el Padre Pascual quedan agrupados en su obra «S. A. C. M.» nada menos que 39; probablemente desaparecieron muchos más.

La carta que sigue lleva fecha del 10 de julio de 1770. Escríbela el P. Pascual desde Seo de Urgel. Va dirigida al Sr. abad de Bellpuig y está llena de interés. Veamos algunas cláusulas: «No pude escribirle por el correo pasado correspondiente al día de san Odón por las visitas que vinieron a darme la enhorabuena por causa del sermón que, gracias a Dios, salió tan a gusto de esta ciudad, que no es ponderable. Su Ilma. ha quedado contentísimo, según me lo expresó el domingo pasado». A renglón seguido expresa el empeño que tenía el Sr. obispo en que se encargara él del sermón; y, además, de por medio había quien sugirió lo conveniente de su presencia por resolver algunos pergaminos.

Con esta ocasión el Capítulo de la catedral, y los canónigos por sí, mostraron ampliamente el afecto que profesaban a Bellpuig. A lo largo de la historia habíase comprobado esa consideración y buen entendimiento entre las dos corporaciones, pero de esta vez asegura el P. Pascual haber sido agasajadísimo, «aunque hasta ahora no veo me han hecho ningún honor como a Hermano, como antes se lo hicieron a Finestres y Caresmar»; si bien de todo quiso darles satisfacción cumplida el Sr. Deán diciendo «que se había encontrado algún reparo en tal Hermandad. Y prosigue el P. Pascual sobre el mismo tema: «Dicen que en la carta que escribió el Capítulo a nuestro Sr. abad se expresó no como Hermanos sino como dirigida a Hijos, y que no hay memoria de que haya hecho ningún honor en esta Hermandad a ningún individuo de nuestro Capítulo ni aun al Rmo. Caresmar. Ellos están en que antes de partir yo les deje todo confirmado, y que se vea admitido en el coro».

Y prosigue el P. Pascual: «En lo demás me hacen mucha fiesta y me han franqueado el Archivo». Respecto a sus hallazgos científicos en este lugar menciona «una Bula papal antiquísima de la que no han podido sacar ni una línea»⁷. Prosigue que él, con la gracia de Dios, piensa copiarla íntegramente.

⁷ *Memorias*, t. IV, p. 200.

Y con esto tenemos reflejado su modo de vivir en La Seo y su trabajo, claro resumen de su vida cuando la predicación le ausenta del monasterio. Se aprovecha de todos sus traslados por cualesquier motivo para proseguir la investigación de cuantos archivos halla a su alcance. Realmente que así fue el P. Pascual: renombrado predicador e investigador insigne, y en todas partes religioso perfecto, obediente total y asiduo amante de su Orden y monasterio.

Otras cartas. — Las hallamos fuera de las consignadas en las *Memorias del Monasterio*; son muy pocas las no conocidas ya. Estas últimas copiólas el canónigo de Vich D. Jaime Ripoll. La primera es del P. Pascual y va dirigida al marqués de Campmany; es una recopilación de noticias y documentos relativos a la fundación y los fundadores del «Real Monasterio de Vallbona en Cataluña, territorio de Urgel». Habla especialmente de D.^a Berenguer de Cervera y del santo ermitaño Ramón de Anglesola. Aclara que sus territorios fueron adjudicados a la diócesis de Ausona en el año 1038. «Sus límites — prosigue — eran el castillo de Queralt y el río Segre»⁸.

Otra carta la escribe «un canónigo de Tarragona» — sin dar el nombre — a D. Jaime Pascual «canónigo Premonstratense del Real Monasterio de las Avellanas». Le dice el gusto que le da el hallazgo de monedas, medallas, manuscritos y todo cuanto puede apetecer un hombre erudito como el P. Pascual. Luego le cita un número de obras que ha llegado a sus manos y le agrada leer por turno, si Dios no le llama antes; terminando por describir un anillo que ha conseguido para su museo, y decir que se ha suscrito a las obras del P. Mariana y a la *Diplomática* del Padre Esculapio. Al fin da la noticia de que un barco catalán, cargado de trigo fue apresado por los corsarios de Mahón. La carta finaliza consignando lugar y fecha: «Tarragona, a 9 de diciembre de 8(» (1780)⁹.

Reproducimos la contestación del P. Pascual: «Desde el día 6

⁸ RIPOLL, J., *Obras ms.*, t. XXVII s. p. Archivo Episcopal de Vich.

⁹ RIPOLL, o. c.

de octubre, o sea el día en que me honraron los señores Montoliu me hallo molestado de unas recias tercianas que por cinco veces me han embestido ya. Discurra V. Merced cuál estoy después de tanto caldo, cuatro sangrías, purgas, etc. ... La favorecida de Vuestra Merced llegó a mis manos estando en cama y por esto no contesté a su buen humor deseándome buenas Pascuas. El anillo de que me habló antes, con un ave de rapiña, puede significar a Diocleciano («diocles» se llamaba antes de su exaltación) ... », y así prosigue en la descripción.

«La obra del P. Esculapio es buena para principiantes y nada más; buenos dibujos, pero mala erudición.» Luego critica a dicho Padre sobre la fecha del III Concilio de Toledo apoyando a Flórez en su contra; y, por fin, termina asegurando que no se suscribe a Mariana por ser obra muy voluminosa y que necesitaba un impresor de más categoría; y comenta: «Años atrás, ordenando el archivo de la Orden de la O, el Sr. abad — que había predicado dos cuaresmas cuando cisterciense en la catedral de Valencia — solía decirme que todos los valencianos tienen la fatalidad de que todos los días les da el *accidente*, y me lo comprobaba con cuentos (dichos) y accidentes lepidosísimos. Yo no creeré que tan general sea esa fatalidad en los valencianos, pero ¡ay de la edición nueva de Mariana! ¡Ay de los dineros de V. Merced!». La fecha de esta carta corresponde a 21 de diciembre de 1780 y se halla escrita en «Avellanas»¹⁰. De lo que antecede puede colegirse la autoridad de que gozaba el P. Pascual en los medios ilustrados, no menos que lo fácil que le resultaba un juicio recto y franco. Su espíritu cultivado y recto parece dominar las materias. El monetario que formó juntamente con el P. Martí y que seguramente figuró entre los mejores de Cataluña consiguiólo con mucho trabajo, dinero y ciencia.

Algunas fechas. — Hemos dicho que el P. Pascual tomaba el hábito Premonstratense el 13 de septiembre de 1759 y profesaba el 14 del mismo mes y siguiente año. Precisamente en este día llegaba agua corriente al monasterio. Lo había conseguido el Pa-

¹⁰ RIPOLL, o. c., t. XII en 4.º, s. p.

dre Caresmar tras largos y renovados esfuerzos y triunfar del pleito que algunos de las Avellanas habían puesto primero en la Audiencia de Barcelona, y al perderlo aquí, llevarlo a Madrid. Era día de gloria para Bellpuig, de gloria por duplicado porque además, el nuevo profeso significaba realmente una gran adquisición. La fuente de los tres caños, única inaugurada en ese día, representaba para Bellpuig verdadero triunfo y la satisfacción de una necesidad apremiante. Pascual supondrá una adquisición singularísima como religioso, como intelectual y hasta como aportación económica. Era abad el P. Francisco Amell en su primer mandato, y sucesor inmediato del P. Caresmar, ahora residente en Barcelona y dedicado a los estudios de archivos — aunque sólo particularmente — y a la solución del pleito de las fuentes ¹¹.

El 12 de enero de 1764 escribía el P. Caresmar a su amigo Jaime Campíns y lo hacía desde Bellpuig. Debe haber acabado los negocios de las aguas en Barcelona y prosigue su vida de comunidad. Escribe una carta larga y sabrosa como ninguna. Describe el monasterio y sus hombres. Labor digna de recordarse en topografía y etopeya. Habla del P. Pascual, «el último entrado ... mozo de grandes esperanzas», añadiendo en otro lugar: «Hay otro (patio) en los cuartos de encima de la portería, en que habita el Dr. P. Pascual, pues dio 500 libras al contado para ayuda del coste de la fábrica ... » ¹². Pascual desde los comienzos trae una buena ayuda al monasterio, con la que se construyó de piedra de sillería toda la parte que hoy — y desde entonces — forma la entrada principal del monasterio. Precisamente en ella estableció su residencia. Se hallaba orientada al Norte y construyóse con sencillez y buen gusto.

El 25 de septiembre de 1766 tomó posesión de la abadía el P. Caresmar, y eligió por prior o segunda dignidad al P. Antonio Trueta, antiguo abad; y por secretario, al P. Pascual, muy joven y con sólo seis años apenas cumplidos de profesión religiosa. Y esto no nos debe extrañar conociendo el alto concepto en que Caresmar le tiene, y el aprecio que hace de su talento y virtudes. De

¹¹ Cf. *Memorias*, t. I, p. 75; t. IV, pp. 182 ss.

¹² *Memorias*, t. IV, p. 168.

ahora en adelante figurará como secretario en casi todos los refrendos de escrituras del monasterio¹³.

Correspondiente al año 1770 hemos traído resumen de la carta que desde Vallfogona llega al abad suplicando la estada de unos días del P. Pascual, luego que predique el sermón, con objeto de ordenar un poco el archivo; idénticamente habla de una de sus estancias en Seo de Urgel. De 1771 conocemos una su actuación pública. En efecto, el 2 de abril de este año y en virtud de la concordia firmada entre el abad P. Antonio Amell, por una parte y el obispo y Capítulo de Solsona por otra, nombráronse dos comisiones — una por cada parte — para dirimir los litigios que venían sucediéndose con respecto al término y diezmos de Almasir. Era éste un pueblecito — hoy desaparecido — cercano al monasterio y al pueblo de Vilanova de la Sal; y había sido objeto de donaciones al monasterio y a la Iglesia de Solsona, derechos que el tiempo fue complicando cada vez más. La comisión presentada por el monasterio estaba constituida por los canónigos Pascual y Bellsolá. Como no vuelve a aparecer esta cuestión en las *Memorias* de Bellpuig hemos de suponer que quedó zanjada para siempre, y el P. Pascual pondría su granito — ciencia histórica y comprensión — para que fuera solucionada¹⁴.

El 9 de diciembre de 1772 tomó posesión de la abadía el ya anciano P. Antonio Trueta. Fue elegido prior, el abad que terminaba, P. Amell, y secretario, P. Pascual. Antes del año muere el abad, y actúa en el papeleo subsiguiente el secretario P. Pascual. En febrero de 1777 renunció el P. Caresmar a la elección que de él habían hecho para el cargo de abad. Se hallaba atareado en Barcelona ordenando el archivo y no era a propósito el dejarlo todo para tornar a Bellpuig. Días después es elegido abad el Padre Bellsolá, y en el Capítulo correspondiente quedan anotadas todas las incidencias de mano del P. Pascual. Ya aparece así como secretario perpetuo de Bellpuig. Va siendo o al menos representando lo permanente, incambiable y sólido de Bellpuig, mientras otras autoridades pasan con el imperio de lo determinado y estatuido.

¹³ Cf. *Memorias*, t. I, p. 75; t. IV, pp. 190 ss.

¹⁴ Cfr. *Memorias*, t. IV, p. 199.

En 1786 tuvieron lugar unas discusiones bastante acaloradas entre el Sr. obispo de Urgel y el P. Pascual. Bonrepós era desde muy antiguo (primer cuarto del siglo XIII) un priorato de Bellpuig, por estos tiempos que corremos enclavado en la parroquia de Santa Ana de Montodó. El Sr. obispo se creía con derecho a ciertas pretensiones territoriales respecto a varias casas de campo desparramadas por las sierras de Bonrepós, y el P. Pascual defendía los derechos tradicionales e históricos del priorato, y, por tanto, de Bellpuig. Esta cuestión tan debatida puede seguirse en el «Butlletí C. E. de Catalunya», año 1899, pág. 118 y ss.; y en «S. A. C. M.», tomo XI, fol. 69. La ciencia del P. Pascual brilló intensamente, y con ella su prestigio indiscutido y grande¹⁵.

El 18 de noviembre de 1789 tomaba posesión de la dirección de la abadía el P. Pascual, y eligió por prior al P. José Martí¹⁶. Tres meses antes había sido presentado en terna al Rey para ser elegido. El P. Caresmar no había asistido a este Capítulo, y, por tanto, se veía más libre para volver a Bellpuig para felicitar y honrar a su discípulo predilecto y grande amigo. Sabemos que, en efecto, le profesó siempre singular cariño. Poco después le escribía su propósito de hallarse por septiembre en Bellpuig.

El período abacial del P. Pascual se distingue por un trabajo constante. Con seguridad que al desembolso económico hecho por el monasterio debióse añadir no poca parte de los bienes raíces del P. Pascual, ya que de otro modo no se explica su actuación. Veamos algunas cuentas que constan en los escritos que hoy nos quedan. «El 7 de marzo de 1790 — se escribe — subieron al monasterio dos maestros de obras italianos, y determinóse blanquear (hoy diríamos revocar) la iglesia y el claustro.» Así queda aún este último recinto; de la iglesia, la nueva reconstrucción que se está haciendo ha prescindido totalmente de esa obra ya bastante marchita. No discutimos el gusto artístico que la presidió, bien que es de mirar el escaso dinero de que se había de echar mano. Que se hizo a conciencia nos lo dice con claridad meridiana su duración casi biseular. Además de esto, entre otras obras, mandó

¹⁵ «Butll. C. Exc. de Cat.», a. 1899, pp. 118 y ss.; «S. A. C. M.», t. XI, fol. 69.

¹⁶ *Memorias*, t. IV, p. 202.

dorar el altar de san Norberto, fundador de la Orden Premonstratense ¹⁷.

El 11 de enero de 1791 expuso el P. Pascual, como abad que era, cuanto le había escrito desde Barcelona el P. Caresmar. Habíale consultado sobre la reducción de las obligaciones fundadas en el monasterio, y le contesta desde Barcelona que él, como abad, tenía poder para hacerlo según su conciencia, sin necesidad de acudir al Sr. Nuncio ¹⁸.

El 20 de octubre de 1792 llegaban a las puertas del monasterio dos clérigos franceses. La revolución los arrojaba de su tierra y buscaban un lugar donde poder vivir su consagración a Dios. El P. abad Pascual los admitió en la comunidad, pues venían por indicación del Sr. obispo de Seo de Urgel. El uno era canónigo regular de la Orden de San Agustín, y el otro, solamente diácono. El Capítulo bellipodiense reunióse y fue del parecer que se les diera hospedaje a pesar de no existir habitaciones libres y decentes en el monasterio; pero determinóse que el abad viera el modo de alojarlos. «Con todo, precisaron, si vinieran canónigos Premonstratenses en el mismo caso y circunstancia deberían retirarse los primeros a otro lugar, pues que el monasterio realmente no contaba con habitaciones para todos» ¹⁹.

Más adelante — sin que conste la fecha — estos dos franceses cobraron esperanzas de que las vicisitudes políticas habían cambiado, al menos en parte, y salieron hacia su país. Pero nada de eso ocurría; la revolución seguiría su paso hasta devorar a sus propios y más destacados hijos. Los dos huidos hubieron de volver a acogerse a los muros dulces de Bellpuig, y así consta que hacían su segundo ingreso el 30 de septiembre de 1796. En este momento es cuando las *Memorias* nos proporcionan sus nombres: Antonio Dubuch y Tomás Paul. El Capítulo volviolos a admitir en su seno. En cambio no consta el tiempo que permanecieron ya en Bellpuig, ni aun se les vuelve a mencionar para nada en las citadas *Memorias* ni en otro cualquier escrito bellipodiense.

El 31 de marzo de 1802 aprobóse por unanimidad que se colo-

¹⁷ *Memorias*, t. IV, p. 203.

¹⁸ *Memorias*, t. IV, p. 203 r.

¹⁹ Cf. *Memorias*, t. IV, p. 204 r.

cara una lápida sepulcral sobre la tumba del más importante de sus hijos de toda la historia del monasterio. Quería éste honrar de este modo al gran hombre que fue Caresmar, quien a su vez le había ensalzado en vida y continuaba honrándose después de la misma muerte. El P. Pascual se ofreció a hacerla grabar a sus expensas. Él mismo compuso el epitafio que contiene²⁰. Dicha lápida se guarda cuidadosamente en el monasterio y ha sido copiada repetidas veces — casi por todos los que han escrito sobre Caresmar —: Villanueva, Barraquer, Mercader, etc., y ninguno la trae conforme totalmente con los otros ni con la realidad; cosa realmente inaudita, aunque las diferencias sean de poca monta. Por ella — si otros elementos de juicios no se tienen — puede entresacar el hombre corriente el talento, instrucción y profundas letras que gozó el P. Pascual, no menos que su amor entrañable a su maestro el P. Caresmar. Esta lápida estuvo inicialmente colocada en la iglesia en la pared frontera al sepulcro. Al hacerse cargo los Hermanos Maristas del monasterio y planear obras de adecentamiento de la iglesia buscóse en el suelo vecino a la pared que la guardaba, el sepulcro o restos mortales del P. Caresmar. Como los trabajos resultaron infructuosos sospechóse algún traslado anterior que no constaba en los escritos, y por seguridad futura de la lápida colocóse en el claustro donde al presente puede ser admirada²¹.

Muerte del Padre Pascual. Algún juicio crítico. — Falleció el P. Pascual el 28 de septiembre de 1804. Ignoramos la enfermedad que acabó con él, y otros detalles que nos habrían de ser muy interesantes. Así de escueta es la noticia. Consta que murió en el monasterio y que «fue enterrado en el plano de las capillas de los Santos Reyes y de la Concepción, donde he visto descubrir su cadáver para trasladarle delante de la puerta principal (28 de enero de 1808). Púsose una magnífica losa que han costado sus dos grandes amigos y míos también D. Josef Vega y Senmenat

²⁰ *Memorias*, t I, p. 77; t. IV, p. 207 r.

²¹ En otro Capítulo del monasterio celebrado en 1802 hízose constar el agradecimiento de todos los componentes al P. Pascual por las crismas de plata y cajita para las Formas en reserva que había regalado a la casa.

y D. Francisco Papiol²², siendo del primero la inscripción», dice Villanueva.

Sus obras fueron a parar a la biblioteca de los Padres Franciscanos de Balaguer después del año vandálico de 1835. Molins asegura que legó su biblioteca a la catedral de Tortosa, pero no sabemos en qué se apoya para asegurarlo.

La nota necrológica, muy sucinta, que trae el monasterio, paralela a la que dedicaba a todos sus miembros fallecidos en el mismo, dice así: «D. Jaime Pascual (único caso con Caresmar a quien otorga el título de "Don"), de Esparraguera. El 13 de septiembre de 1759 lo visitó D. Francisco Amell, abad; de 23 años y Dr. en Derecho. Profesó el 14 de septiembre de 1760. Fue abad el 18 de septiembre de 1789, y laborioso en recoger antigüedades. Tiene 12 tomos en folio manuscritos, con notas e instrumentos. Murió prior y electo abad, el 28 de septiembre de 1804, a los 69 años. Lo enterraron en ataúd en la capilla de la Concepción, y en 1808 lo trasladaron delante de la puerta forana de la iglesia, bajo la piedra sepulcral que se hizo por cuenta de D. Francisco Papiol y D. José Vega, amigos del difunto»²³.

Villanueva visitó, pues, el monasterio en los finales de enero y primeros días de febrero de 1808. Quedó en el monasterio solamente breves días. Hacía poco que había fallecido el P. Pascual. No ahorra alabanzas a Bellpuig y a Caresmar. Realmente llevó a cabo una gran obra en la rehabilitación caresmariana. En él vio al iniciador en Cataluña de la historia crítica, constructiva y científica. Era necesaria su afirmación para que la obra grande llevada a feliz término al menos como iniciación, no quedara envuelta en sombras por las pasiones que en derredor del sabio habíanse levantado tratando de ocultarlo, de aplastarlo. Villanueva fue justo aquí; Caresmar y Bellpuig le quedaban obligados.

En cambio, poco le debe Pascual. Los epítetos que le dedica son en verdad poco justos. Hay en ellos más de pobre literatura que de mirada serena. Acababa de fallecer, las aguas no habían decantado aún todas las partículas del limo de la vida con sus

²² VILLANUEVA, *Viage literario*, t. XII, p. 90.

²³ *Memorias*, t. V, p. 116.

avatares, aún había nubes removidas por la parte sentimental, y es difícil el juicio sereno y calmo. Así le critica: «Se entregó con tal ardor a las investigaciones históricas y diplomáticas que vino a dar en el extremo tan perjudicial a la literatura, que es la universalidad». Y prosigue luego en sus afirmaciones tajantes tan sin temor que desdican de su corriente seriedad y justeza reconocidas: «Éste es el carácter del Sr. Pascual: grande acinador de documentos de toda especie, efecto de la sed que le devoraba en este ramo, y que no le permitía fijarse en un punto solo de la literatura. Con lo cual dejó poquísimas cosas concluidas, y los trece tomos que quedan de sus trabajos no son más que colecciones misceláneas de escrituras, notas, extractos, combinaciones, etc., sobre muchos puntos de la historia y geografía antigua de Cataluña, incluyendo en este número algunas obrillas ajenas»²⁴. El juicio nos parece duro. Es cierto que su parte de razón lleva, pero no es todo ni sólo eso. Perduran los libros; en ellos se encuentra de todo, pero serán estudios casi completos para la época. Por otra parte los proyectos del P. Pascual debieron quedar truncados, ya por su escasa salud, ya por el trabajo de púlpito, ya porque laboró con discípulos o cohermanos en un casi «trabajo en equipo» moderno; y en este caso prelude modos que tardarán en imponerse hasta actuales fechas. Pero que en nuestro caso las vicisitudes políticas no dejaron madurar los auténticos frutos: muy poquito después comenzaba la Guerra de la Independencia, con los sobresaltos consiguientes y primera dispersión de los canónigos de Bellpuig, tiempos nada a propósito para la labor científica que exige quietud, paz y seguridad.

Para completar el retrato que del P. Pascual da Villanueva colocaremos también unas pinceladas más optimistas que luego escribe: «El mérito del Sr. Pascual ... consiste en haber recogido muchas preciosidades que acaso de otro modo perecerían o no serían tan conocidas»²⁵. Y esto que le pareció a él antes de la Guerra de la Independencia, había de tener una fecunda realidad exactísima para muchas cosas, ya en este mismo año de 1808, y

²⁴ VILLANUEVA, *Viage*, t. XII, p. 91.

²⁵ VILLANUEVA, *ib.*, p. 92.

para muchísimas otras en 1835. Labor, por tanto, excelente. En realidad es en todos los sentidos un seguidor grande y acertado de Finestres y Caresmar, y antes que todos, del P. Martorell y Luna, que en los finales del siglo anterior dio comienzo en Bellpuig a ese espíritu hecho de inquietudes por el arte, la ciencia y el ansia de restaurar el monasterio. El P. José Martí, compañero de ansias y trabajo, proseguirá por un poquito más los comunes afanes, siguiéndole un poco el P. Ignacio Ribot.

Esta pléyade nombrada más trabajaban por delectación sabia y por cumplimiento de una ley religiosa y natural que exige el trabajo constante, que por legar a otros su nombre juntamente con sus escritos. Hechas así de sencillamente las cosas nos vienen sin afeites de ninguna clase. Son clarísimas, con la pristina pureza de la composición ruda. No sirven para deleite sino para enseñanza. Nuestra actual costumbre de mirar la presentación más que el valor real nos lleva a engaño fácil si no vivimos precavidos. Escribían inicialmente para el Archivo, y no cuidaban sino de la verdad pura y neta.

Elogio del P. Pascual. — Nos parece muy oportuno traer aquí el «Elogio» que del P. Pascual escribió su grande y sabio amigo D. José Vega Sentmenat, de Barcelona: «A los 28 de septiembre último murió en dos días, de una calentura maligna, a los sesenta y nueve años de su edad, el célebre Dr. D. Jaime Pascual, en el Real Monasterio de las Avellanas, de canónigos Regulares Premonstratenses, siendo prior y habiendo sino abad por real nombramiento del dicho monasterio en el trienio 1789-1792. La exacta observancia de las Reglas de su Instituto, una asidua aplicación al ministerio de la dirección, y el estudio férreo de las ciencias eclesiásticas y de los estudios más amenos y floridos en todos los ramos de la anticuaria, de que fue un oráculo, forman de su persona un todo semejante a Muratori. En las varias excursiones literarias que hizo por el Principado, Aragón y Navarra, recogió con su diligencia y conato tanta multitud de antigüedades de todos los géneros, que se complacía en haber librado de su destrucción, que llegó a formar para su uso un museo, el más completo, rico y cabal que se conozca en la provincia de Cataluña, que queda

con el mejor arreglo para el uso de su monasterio. Al mismo tiempo copió por su mano tanta multitud de instrumentos en varios archivos, así públicos como particulares que arregló o reconoció, que reunidos forman una colección de doce tomos en folio con el título: «*Sacrae Cathaloniae Antiquitatis Monumenta*», con observaciones críticas y eruditas tales que si algún día salen a luz con las *Memorias* completas «Diálogo sobre la piedra de Bonrepós» y «Discurso del Priorato de Meyá» y algunas otras, entenderá el público literario la pérdida que se ha hecho en su persona.

Su ardor y pasión en recopilar, y la antigua y larga correspondencia en que se ocupó, ha privado al público de varias obras que debían esperarse de su saber, de que dio una muestra en su «Discurso impreso sobre el antiguo obispado de Pallás». Y así por lo dicho como por haber promovido el buen gusto en la provincia, por la memoria que levantó, a sus expensas, a su Hermano cuyo amigo el inmortal Caresmar, por lo que invirtió y procuró a favor de la casa de la Trapa de Santa Susana, a la que hizo todo género de beneficios, fue muy benemérito de la Religión y de las Letras. Sus virtudes religiosas y sus prendas literarias, junto con su genio afable, comunicativo y benéfico que formaba su carácter, lo han hecho acreedor al general sentimiento con que se ha honrado su muerte. Su buena fama fomentada en su monasterio con los ejemplos y auxilios que deja, servirá de glorioso estímulo para continuar en él la serie de literatos de primer orden de que ha sido una cuna fecunda»²⁶.

Su afán numismático. — Además de los citados posee el Padre Pascual otro matiz científico que bien merece la pena recordar de pasada al menos: es su gusto numismático. Lo recuerda Villanueva y el Sr. Vega que acabamos de mencionar; y hablará de él Barraquer. Dice el primero que además de códices y otros documentos curiosos recogió el Sr. Pascual tres monetarios, en dos de los cuales hay una copiosa colección de monedas de toda especie, de gran mérito y estimación para los anticuarios; pero lo que debe

²⁶ Escribiólo el señor Vega para ser publicado en la «Gaceta de Madrid» el día 12 de abril de 1805. Ripoll, t. XII, f. 125, y en hoja suelta del Real Archivo de Bellpuig.

ser más aún sin comparación valioso es uno pequeñito de concha, donde están las medallas más raras e inéditas. Hay asimismo una buena colección de historia natural, y por fin de camafeos y otras anticuarias de toda especie ²⁷.

Así se expresaba Villanueva con un lenguaje algo diluido. Nos habla de numismática y nos envuelve en sus noticias con las de otros camafeos y «anticuarias», y aun con ejemplares de Historia natural. No trató, al parecer, al menos, de documentarse suficiente y específicamente. Únicamente pretendió pasar por curioso de todas las novedades dignas de correr de boca en boca en este caso, y nos trazó un demasiado vago y desleído cuadro de los tesoros de Bellpuig «hacinados» — es su pensamiento — por Pascual. No se mostró ni detallista, ni aun claro. Hoy resulta imposible poner las cosas en su punto y decir en qué consistió el monetario de Bellpuig, así como aquellas anticuarias y camafeos, con ser tan ricos y preciosos. Algo podrá colegirse de los datos ya conocidos y publicados por Barraquer ²⁸. Lástima que las noticias escritas en el monasterio llevan todas el criterio de que el aspecto monetario carece de importancia o la tiene muy pequeña, y por otra parte lo achacan más a la labor del P. Martí que a la del propio P. Pascual; y esto, sin pretender quitar un ápice a la gloria y trabajo de éste. Probablemente ambos a dos trabajaron sin envidias ni cortedad de vista por el esplendor de Bellpuig.

Obras. — El P. Pascual, como Caresmar, fue un incansable trabajador. Su obra más notable es la encerrada bajo el título común de: *Sacrae Antiquitatis Cathaloniae Monumenta*, que actualmente se conserva en la Biblioteca Central de Barcelona, adonde ha llegado después de diversas vicisitudes. No daremos el índice, ya publicado. Puede decirse que encierra sustancialmente toda la obra pascualiana. Son hoy once tomos, aunque parece figuraron dieciocho. Su inventario o índice publicóse en el «Butlletí de la Biblioteca de Catalunya», tomo V, correspondiente a 1930, páginas 198-208.

²⁷ VILLANUEVA, o. c., t. XII, p. 97.

²⁸ BARRAQUER, *Las casas de los religiosos en Cataluña*, t. III (Barcelona, 1915), páginas 418-432.

En el Archivo de la Biblioteca de la Academia de la Historia se hallan las siguientes obras del P. Pascual:

1. Tres cartas dirigidas a D. Manuel Abad sobre asuntos históricos. De ellas, dos son originales.
2. Una «Carta a D. Francisco Pujol sobre las ruinas de San Miguel d'Erdula y opinando de la Cartago Vetus de Ptolomeo». Lleva la indicación de «Bellpuig, 14 agosto, 1789». Además hay otras cosillas en el mismo opúsculo.
3. «Fragmento de una carta que con motivo de haber hallado en Olesa un monumento fenicio la escribió; y otros puntos sobre antigüedades».
4. «Discurso histórico en donde se da noticia de la serie de obispos y situación de Pallás». Tremp, 1785. Volumen en medio folio.
5. «Cartas sobre los antiguos obispos de Roda». Junto con este manuscrito hay otras cosillas impresas del P. Pascual.
6. «Discurso histórico, o conjetura sobre las antigüedades romanas y godas del Priorato de Santa María de Meyá. Carta que escribió el Dr. Pascual. Año 1782». Es un tomo en cuarto, y se halla duplicado.
7. «El antiguo obispo de Pallás, en Cataluña». Impreso en 1785.
8. «Carta sobre los obispos de Roda», volumen en folio.

En la Biblioteca Central de Barcelona y aparte de la S. A. C. M. existen del P. Pascual los siguientes trabajos:

1. «Carta al M. I. Sr. Marqués de Campmany, o recopilación de noticias y documentos para la historia de la fundación y fundadores del Real y antiguo Monasterio de religiosas Cistercienses de Santa María de Vallbona, en Cataluña, arzobispado de Tarragona y territorio de Urgel». Fue publicada por Juan Ripoll Vilamayor, año 1837.
2. «Discurso sobre el origen ... y progresos de los Pósitos o Graneros públicos de los pueblos». Al fin van dos cartas críticas de Elies y Rubert.
3. El antiguo obispado de Pallás en Cataluña. Discurso histórico ... serie de obispos y lugar donde estuvo la sede». Tremp. P. Gallifa, 1785.
4. «Discurso ... dos cartas que dirigió a D. Antonio Elies y Rubert sobre la inscripción oretana publicada por la Gaceta de Madrid el 15 de julio de 1785».
5. «Relació puntual y verdadera de las solemníssimas festas que ha celebrat la antigua vila de Os est any de 1769 ... ab motiu de la dedicació de son magnífich temple nou».

IV. JOSÉ MARTÍ

Primeras noticias. — Por completar la cuatrilogía bellipodiense dedicamos estas cortas líneas a la cuarta figura muy destacada de Bellpuig: El P. José Martí. Es la que menos espacio ha dejado en las *Memorias del Monasterio*, tantas veces citadas. Ante sus hermanos de religión — ¡aun entre éstos! — pasó casi casi inadvertido. Figuraba como un hombre muy trabajador, de archivo y gabinete, pero nada más. Quizá los que más pudieron decir de él por ser sus compañeros de esfuerzo: Caresmar y Pascual — éste en su mayor parte —, le precedieron en la muerte, y consigo se llevaron lo que hubieran podido atestiguar de este gran trabajador.

Las *Memorias* en la especie de acta cronológica que dedican a todos los sujetos fallecidos en el monasterio o que perseveraron en su vocación, muéstranse siempre por demás breves y escuetas. A la mayor parte de los miembros apenas conceden un espacio brevísimo para señalar el «curriculum vitae». En lo que se refiere a Martí escriben sencillísimamente: «José Martí — de nadie consignan el segundo apellido —, de Barcelona. El 6 de septiembre de 1755 lo visitó D. Jaime Caresmar, abad, de veintitrés años. Profesó el 7 de septiembre de 1756. Fue abad dos veces; el 18 de septiembre de 1795, y el 21 de septiembre de 1801. Murió siendo prior, el 2 de agosto de 1806, de setenta y cuatro años, y lo enterraron en la sepultura común»¹. Así de sencillos son estos escritos hechos por monjes para quienes lo que vale es que sólo Dios los premie después de la vida, no los hombres. Miradas así las cosas, lo único interesante es afirmar que acabó en el monasterio como los buenos, con perseverancia hasta el fin. Fuera de esto, las fechas que con ellos se relacionan, y ¡basta!

Completamos estas sencillas noticias con algún que otro detalle obtenido de otras fuentes. Uno de ellos nos asegura que «lo vistió el P. Caresmar el 6 de noviembre de 1755, siendo admitido

¹ *Memorias del Monasterio*, t. V, p. 115.

a Ejercicios el 5 de agosto». Seguramente que escribió «noviembre» por «septiembre», y durante un mes seguiría los Ejercicios espirituales al modo ignaciano. Luego prosigue lo que ya sabemos: que «era natural de Barcelona, que tenía veintitrés años, y que fue dos veces abad y murió siendo prior el 2 de agosto de 1806»².

Por las fechas en que transcurre su vida podemos fácilmente averiguar que fue discípulo predilecto de Caresmar y muy aprovechado, con el que trabajó intensamente, primero para formarse y luego en plan de amigo y colaborador. Al no constar que entraba con ningún título podemos juzgarlo discípulo completo del gran hombre y hasta advinarlo el más asiduo en el trabajo oscuro, paciente y abnegado del archivo y biblioteca. Su oriundez barcelonesa nos sugiere que la misma prolongada estancia de Caresmar en la gran urbe urdió hilos de mutuo afecto entre los dos corazones. Caresmar comienza la historia de Bellpuig precisamente un par de meses después de dar el hábito blanco premonstratense a José Martí, lo que da lugar a sospechas después que él mismo ha escrito haber enseñado a leer los manuscritos a cuatro discípulos; el P. Martí se halla formado al modo de Caresmar, de quien no se diferencia sino en que casi no salió del monasterio más que muy raramente, y el P. Caresmar vióse en la precisión de vivir fuera de él gran parte de su trabajada vida. Por lo demás, la fama que deja el P. Martí es de un azacanedo buceador y registrador de archivos.

Por otra parte la figura del P. Martí vive inmersa en el anonimato de lo normal del monasterio. La vida regular, el silencio típico conventual, el mismo trabajo nada llamativo, y la formación íntima y propia a que se entregó nos roban toda noticia. Pero que trabaja como discípulo quizá predilecto y como amparado de Caresmar nos lo sugiere un dato emergido de entre su vida de cada día. El P. Caresmar escribía el 26 de mayo de 1770, desde Barcelona, al abad de Bellpuig: «Fuimos juntos el P. José Martí y yo a visitar al Sr. obispo, quien nos recibió con mucha amabilidad y nos habló del párroco del Pino, significando que se compadecía de

² *Memorias*, t. I, p. 74; t. IV, p. 135 r.

él, y que era inocente; y que si no le había escrito era por no saber qué decirle, pero que ejecutaría lo más conveniente; que había sufrido por sostenerle en contra de sus enemigos; que por guardarle de ellos le había aconsejado . . . ; que por su quietud lo mejor sería dejar paso a la tribulación y aquietarse a la presente providencia, pues el borrón no denigraba su buen nombre y reputación»³. El párroco del Pino había sido acusado de favorecer a los recién extinguidos Jesuitas. Organizó una fiesta litúrgica en el día de san Ignacio, con lo que se exacerbaron ciertas cabezas que por dar más pie a hacerle mal, levantaron algunas calumnias. Viose la autoridad eclesiástica obligada a apartarlo de Barcelona y a confinarlo, haciéndolo en Bellpuig. En el monasterio se le recogió como a un hermano más y un perseguido por la buena causa, por lo que se le permitió salir y moverse ampliamente. Después, agradecido, hizo un buen regalo a la iglesia del monasterio.

Por otra parte sabemos que la visita a que hemos hecho referencia tuvo un fin primordial: formaba parte de los preliminares para lograr la futura entrada y actuación de Caresmar en los archivos, ahora principalmente el Capitular de Barcelona. Bien en su punto queda el P. Martí como compañero del P. Caresmar. Las pocas noticias de él consignadas no nos dicen el tiempo que acompañó a Caresmar, pero su futura actuación da pie a sospechar y hasta casi afirmar que debió ser su compañero durante un tiempo notable.

Es creado abad. — El coincidir con dos figuras de la categoría de Caresmar y Pascual creemos la causa primera del escaso relieve con que se destaca Martí en los datos que nos quedan del monasterio. El mismo Pascual no residió con tanta frecuencia en Bellpuig como el P. Martí; por lo que no deja de llamar la atención que éste no sea escogido para ninguno de los tres o cuatro cargos del monasterio durante muchos años seguidos. No sería de extrañar viviera tan entregado a su labor de estudio e investigación que gustara tanto de laborar «a solas, sin testigo» y que

³ *Memorias*, t. IV, p. 193.

de ningún modo aceptara cargo que le volviera imposible esa quietud indispensable al reflexionar hondo, esa paz, tierra única en la que florecen las ciencias profundas. Con todo, cuando el voto unánime de los canónigos le impuso la carga de la dirección, no quiso desentenderse de ella y aceptó ser abad. Antes de esa fecha hallamos una breve noticia de él: «El 1.º de abril de 1783, a la muerte del abad Bellsolá, hubo de reunirse Capitulo, al que no pudo asistir por hallarse enfermo el P. Martí, aunque votó en manos del secretario»⁴.

«El 18 de noviembre de 1789 tomó posesión de la abadía el Dr. D. Jaime Pascual y eligió por prior al Rdo. José Martí, y subprior y provisor al Rdo. Narciso Sola»^{4'}.

El 18 de abril de 1795 es la fecha en que tomó posesión de la abadía y cargo de abad el P. Martí, y en ese mismo día nombró prior suyo al Rmo. P. Jaime Pascual⁵. Esto segundo no extrañará a nadie, y es muy fácil suponer se entendieran perfectamente dos espíritus que caminaban por sendas afines. El cargo, aunque le robaba tiempo, le daba estabilidad en el monasterio. Fue ésta una de las causas que movieron a los canónigos en ciertas ocasiones a elegir de modo un tanto extraño: obligar a algún miembro a volver al monasterio. En este caso, y precisamente por eso, con un trabajo recogido pero constante pudo el año siguiente (de 1796) escribir la *Recopilación y Reseña de los instrumentos de la iglesia de Mur*, hecha por D. José Martí, abad de Bellpuig»⁶. Este manuscrito lo regaló el Sr. Codera en 1911 a la Biblioteca de Cataluña (núm. 150). Y éste es otro hito que nos señala la dirección del trabajo y vida del P. Martí. Aunque figura este año en el escrito, bien se echa de ver que el trabajo real le había exigido los trabajos anteriores cuando padían trabajar para sí sin necesidad de velar por nadie.

El 18 de noviembre de 1798 terminaba el período abacial del P. Martí. Por unos días gobernó el prior P. Pascual, hasta que el nuevo abad D. Narciso Solá tomó posesión del cargo. Éste tomó al P. Martí por prior en su mandato abacial.

⁴ *Memorias*, t. IV, papel suelto del Arch. de Bellpuig s. p.

^{4'} *Memorias*, t. IV, p. 201 r.

⁵ *Memorias*, t. IV, p. 205.

⁶ «An. Inst. Est. Cat.», 6 (1920) 852.

Tres años de abadiato del P. Solá, y nuevamente es nombrado abad el P. Martí, quien a su vez renovadamente escoge por prior al P. Pascual. Hay pie para sospechar una bondad innata y muy grande en el P. Martí, así como una prudencia nada común; y también el talento de escoger los hombres más duchos, sabios y prudentes para su consejo. Son años difíciles los años de los primeros frutos — un poco tardíos pero seguros — de la Revolución francesa. Ya se nota por estos confines. Hasta en el monasterio — mucho más sería entre los habitantes de sus tierras — ha de ejercitar la prudencia y la paciencia, por ejemplo, con quien supone que se exagera en las exigencias, y se marcha a Francia por palpar por sí mismo la certeza de lo que se cuenta, bien que muy pronto haya de volver arrepentido al monasterio, y éste le recibe con extrema indulgencia ⁷.

El P. Martí fue propuesto para ir en busca de los restos mortales del recién fallecido Caresmar. Declinó el encargo. Nada da pie para conjeturar las razones que alegó. Resulta muy expuesto dejar vagar la imaginación, ya en excusas, ya en razones suficientes determinantes de su obrar en este caso. El anonimato u oscuridad en que caen tantas cosas del monasterio deja poco espacio a suposiciones. El P. Martí, sin duda, hubo de sentir mucho la desaparición del maestro y compañero de viaje conspicuo y bueno que perdía. ¿No quiso encontrarse, como quien dice, solo responsable del maestro amado? ¿No se sentiría lo suficiente dueño de sí en ese momento tan lleno de tristeza? Creemos que sólo por estos caminos deberá internar en el análisis del proceder del P. Martí, o suponiendo una enfermedad que no se consigna. El amor fuerte, el respeto grande al maestro querido o la imposibilidad física debieron ser los únicos motivos. De ningún modo lo contrario: el desamor, la ingratitud, el no molestarse. El hecho de ser elegido muy poco después abad, y por dos veces, nos habla de cualidades sobresalientes, no sólo en ciencia sino también en autoridad y corazón. Al P. Martí deberá también marchársele y para siempre el gran hermano en religión y letras que fue el P. Pascual. Poco se le adelantó; lo suficiente para poderle

⁷ Cf. *Memorias*, t. IV, pp. 206-207; t. I, p. 77.

llorar y sentir su vacío grande. Una última noticia nos consta del P. Martí: nos habla del afecto entrañable que mediaba entre estas dos últimas lumbreras de Bellpuig, y es la que consta muy escuetamente en la siguiente nota: «En 1805 el Rmo. Martí compró con la aprobación del Capítulo, por algo más de cien libras, el cáliz que había sido del Rmo. Pascual»⁸. Poco antes, el 21 de noviembre de 1804 había vacado la abadía por poco tiempo y fue elegido presidente el P. Martí.

Y lo único que hallamos ya del P. Martí es la breve noticia mortuoria que solía ponerse de todos los individuos fallecidos en Bellpuig. Muy sencilla y muy veraz siempre, en este caso dice: «El 2 de agosto de 1806 murió D. José Martí, de Barcelona. Destacóse por su sabiduría; y sin moverse, sólo con lo que le traían, examinó los archivos y compuso la *Historia de la iglesia de Santa Ana y del Santo Sepulcro*⁹; arregló su archivo y comenzó un *Diccionario catalán*». Así de sencilla y encantadoramente resumen en el monasterio la vida de un gran hombre; y es que quieren decir que lo humano exterior cuenta poco; lo que vale es que Dios le encuentre con el peso debido, lo interior; y como de esto, nadie sabe nada, lo mejor es casi ni mentar más que vivió como religioso y perseveró hasta el fin en el recto camino emprendido. Miradas así las cosas queda la vida como una lección auténtica, la más importante: Sirvió al Señor con los dones que de su liberal mano recibió; como otros más, como cualquiera más, que las diferencias sólo Dios las conoce y premia.

Obras. — Del P. Martí escribe Villanueva sólo año y medio después de su muerte. Por otras notas halladas en las *Memorias*, se observa que el autor del *Viaje literario* copia literalmente el sentir y hasta las expresiones del P. Ribot en sus *Memorias del Monasterio*. Ambos se expresan de este modo: «(El P. Martí), que sin dejar su retiro examinó algunos archivos que le traían a su cuarto, sacó de ellos un fruto que será muy útil a la historia. Y en el monasterio antiguo de Mur que arregló entre otros del modo sobredicho, se conocen el aprecio que hacía de estos monu-

⁸ *Memorias*, t. IV, p. 208.

⁹ *Memorias*, t. IV, p. 209.

mentos de la antigüedad y la limpieza y atildadura con que manejaba cuanto le incumbía por obligación o por afición. Fijó su atención en sólo un punto de historia, que es de la «Canónica catalana antigua», mas de éste puede decirse que lo agotó. De ello dejó escrito un tomo, con otro de pruebas; pero todo bien examinado y calificado, sin superfluidades ni conjeturas... También dejó escrita la *Historia de la iglesia de Santa Ana del Orden del Santo Sepulcro*, cuyo archivo examinó y arregló, y tenía comenzado un «Diccionario catalán». Villanueva parece colocar a Martí por resalte de Pascual. Éste sería el fondo negro. «En resolución — termina —, el Sr. Martí tenía la buena crítica de Caresmar, y carecía de la universalidad a que parecía aspirar el Sr. Pascual»¹⁰.

En la Biblioteca Central de Barcelona se guardan los siguientes escasos trabajos del P. Martí:

1. «Índice de los papeles manuscritos contenidos en los diferentes volúmenes del difunto Dr. D. Jaime Caresmar» (manuscrito 743).
2. «Recopilación y resumen de los instrumentos y papeles que se hallan recónditos en el archivo de la iglesia colegiata de Mur, ordenados por (José) Martí, canónigo regular del Real Monasterio de Sta. María de Bellpuig, 1794».

Las obras inéditas que se citan del P. Martí son:

1. «Estado de la vida canónica de la Iglesia así catedrales como colegiatas de Cataluña; de su institución y decadencia; principios de los canónicos regulares de San Agustín y su secularización» (dos tomos en folio y otro de apéndices).
2. «Memorias sacadas de documentos del archivo de Santa Ana de Barcelona... y ordenadas por el Rdo. D. José Martí, canónigo regular del Real Monasterio de las Avellanas, en el año 1788» (un tomito en folio; sigue el apéndice, otro tomito en folio).
3. «Extracto del Archivo de Mur o Memorias para su historia sacadas del dicho archivo y recopiladas por el Rdo. D. José Martí. Año de 1787» (7 tomos en folio).
4. «Sermones, panegíricos y morales» (un tomo en cuarto).

Opúsculos:

1. Prólogo a unas constituciones sinodales antiguas del arcipresbitero de Ager, en lengua vulgar, sacadas del archivo de aquella iglesia.
2. «Discurso sobre los errores de Félix, obispo de Urgel».
3. «Observaciones sobre los varios aspectos del ex-jesuita Masdeu en su obra *Historia crítica de España*».

¹⁰ VILLANUEVA, *Viage lit.*, t. XII, p. 96.

4. «De Morte Naturali B. V. Mariae, eiusque corporali ad coelos Assumptione argumentum».
5. «Entretenimientos de verano» (diálogo espiritual).
6. «Carta erudita sobre un monasterio antiguo que se halla en el monasterio de monjas capuchinas de Gerona».
7. «Reflexiones a una carta del Vicario de Guils, sufragáneo de Puigcerdá, en la que se da noticia del hallazgo de un manuscrito de la consagración de aquella iglesia».
8. «Observaciones sobre otro monasterio antiguo».
9. «Índice de los instrumentos del Archivo de Santa Ana de Barcelona, por orden alfabético».
10. «Tabla de los instrumentos comprendidos en la colección sacada del Archivo de la iglesia colegiata de Mur».
11. «Observaciones sobre los instrumentos del Archivo del Monasterio de Ripoll».
12. «Juicio del conde Armengol de Urgel en el pleito que existía entre el abad de Ripoll y algunos particulares de la villa de Pons, o sea ilustración de dicho instrumento»¹¹.

Deseaba trabajar en otra obra, que era la «Apología de los templos de Cataluña», pero murió, y sólo dejó una colección de extractos de varios instrumentos relativos a dicho plan.

Resumiendo. — El P. Martí gozó de una fama seguramente bien merecida de sencillo, trabajador y humilde religioso. La extrema parquedad de las *Memorias* no cita caso alguno de nadie en particular; parecen generalmente partes de extractos de textos oficiales donde todo responde a un armazón presentido y perfectamente ensambladas las palabras, que ya por conocidas y habituales, ni saben ni pueden decir más que una fórmula estereotipada. Rara vez por entre sus resquicios burocráticos se asoma una palabra cargada de sentimiento.

Fuera de este medio hemos hallado muy pocos detalles que sirvan a modo de pinceladas breves para retratar al hombre. Alguno de ellos podría ser el siguiente: Hablando de su espíritu de trabajo se cita de él que dormía muy poco, para encontrar más horas de estudio. De su mortificación religiosa se hace gran honor y se asegura que era muy abstinentes, comiendo a duras penas lo indispensable para la existencia. Pero lo que más se destaca es su humildad extraordinaria. Gozando de un talento

¹¹ TORRES AMAT, *Dicc. escrit. cat.*, pp. 390 y 391.

indiscutible y de unos conocimientos reconocidísimos, considerábase en la vida práctica como uno cualquiera de sus hermanos y aun menor que casi todos ellos, trayéndose a este respecto lo sucedido de que al ser nombrado abad prorrumpió en lágrimas tan sinceras y abundantes que parecía haberle ocurrido la mayor desgracia de su vida. Su candor parecía como de niño.

Teólogo insigne y sabio eminente y reconocido, cuando el famoso canónigo gerundense y meritísimo investigador Dorca le envió una décima compuesta en honor del famoso triumvirato bellipodiense Caresmar, Pascual y Martí, éste reacciona sencilla y humildemente contestándole: «Todo me parece bien menos el entrarme a mí en alabanza y meterme entre dos hombres tan beneméritos y conocidos, cuando a mí ninguno me conoce ni soy amigo de ruido. Pensarán que soy un duende o una sombra del otro mundo». Así escribía y así se juzgaba aquel benemérito anciano religioso, última estrella destacadísima de la pléyade de Bellpuig cuando por los cielos de España podían adivinarse los primeros síntomas precursores de la revolución en cuya vorágine iba a ser envuelta.

EDUARDO CORREDERA, F. M. S.

